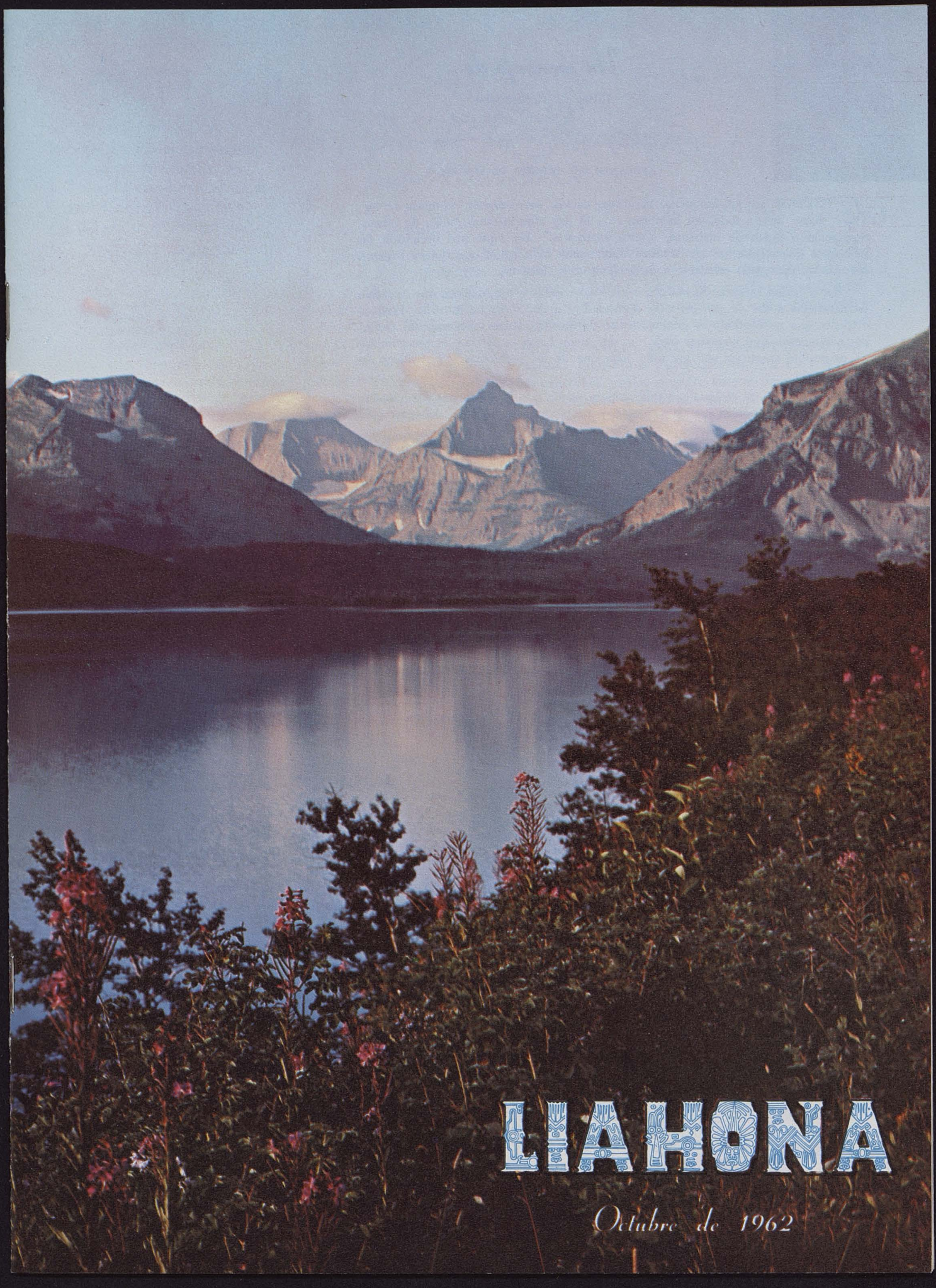
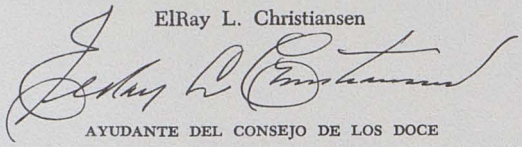


LIAHONA

Octubre de 1962

Un mensaje de

ElRay L. Christiansen



AYUDANTE DEL CONSEJO DE LOS DOCE

CREEMOS en ser honrados, verídicos, castos, benevolentes, virtuosos y en hacer bien a todos los hombres. . . . Si hay algo virtuoso, bello, de buena reputación o digno de alabanza, a esto aspiramos." He aquí una definición de principios que resulta ser un benéfico diseño para todo aquel que quiera llegar a ser más refinado, más confiable, más pacífico, más Cristiano.

La sociedad humana cuenta con leyes, reglamentos y regulaciones que han sido estructuradas a fin de proveer más seguridad y mejor orden a la vida. Pero es evidente que no obstante la gran variedad de mandamientos y leyes—tanto civiles como religiosas—que poseemos para que nos guíen hacia la dicha y la prosperidad, no es posible encontrar una ley para cada uno de los problemas o procederes de nuestra vida.

Por consiguiente, se hace palpablemente necesario que desarrollemos y cultivemos una conciencia armónica con la voluntad y propósitos divinos. No debemos permitirnos subterfugios ni evasiva alguna en nuestras acciones. Y cuando no hallemos leyes correctas que nos indiquen el camino de la justicia, guiémonos por honestos principios y por las más altas normas de nuestra conducta personal.

Nunca ha de borrarse de mi mente un incidente que tuve la oportunidad de presenciar cuando era yo apenas un muchacho. Cierto conocido nuestro había puesto en venta su cosecha de heno a un precio verdaderamente razonable, pero no faltó alguien que le sugiriera que dada la situación de escasez reinante, podría muy bien venderla por una cantidad aún mayor. Nuestro amigo respondió: "Ya lo sé, ya lo sé. Pero si yo fuera a comprar este heno, no daría por él más de lo que he estipulado para su venta, así que ¿por qué voy a pretender que mi prójimo lo pague?"

En la Biblia leemos la revelación del Señor: "No oprimirás a tu prójimo, ni le robarás." (Levítico 19:13.) Recordemos siempre que la verdadera religión se manifesta a través de nuestro amor a Dios y al prójimo, y que está basada en buenas obras, no sólo en nobles intenciones o simples palabras.

EN ESTE NUMERO

EL PRINCIPIO DE LA REVERENCIA 217
David O. McKay

¿POR QUE NO FUE PABLO ORDENADO POR PEDRO? 218
José Fielding Smith

RELICARIO 219
Jesús Avilés Espino

¿QUE ES EL MORMONISMO? (Conclusión) 220
Hugh B. Brown

LAS RUINAS DE CESAREA 222
Christine y O. Preston Robinson

EXITO POR SUBSTRACCION 224
Sterling W. Sill

MI TESTIMONIO 227
Pablo Socorro Llanes

LA DISPERSION DE ISRAEL 228
O. Preston Robinson

LA IMPORTANCIA DE LOS INSTRUCTORES 230
Comité General del Sacerdocio de Melquisedec

EL OBJETO DE LA NAVIDAD 231
Obispado Presidente

UNA EXPERIENCIA INOLVIDABLE 232
Abdón Aragón

EL MORMONISMO Y LA ANTROPOLOGIA 234
Dee F. Green

JESUS EL CRISTO 237
James E. Talmage

El Lago Santa María, del Glacier National Park de Montana, E.U.A., ilustra nuestra portada para este mes.

(Placas cortesía de the Relief Society Magazine)

Año 8 Núm. 10

LIAHONA

Publicación Mensual
Editada por el Comité Misional
de la Iglesia de Jesucristo
de los Santos de los Ultimos Días
47 E. South Temple Street,
Salt Lake City, Utah, E.U.A.

Octubre 1 de 1962

* * *

CONSEJO DE REDACCION
Marion G. Romney
Gordon B. Hinckley
Eduardo Balderas
R. Héctor Grillone

* * *

SUBSCRIPCIONES: Sírvase hacer su pedido a la misión correspondiente.

* * *

MISION ANDINA
Sterling Nicolaysen, presidente
Avenida Orrantia 1210,
Casilla de Correo 4759
Lima, Perú.

* * *

MISION ARGENTINA
C. Laird Snelgrove, presidente
Virrey del Pino 2130
Buenos Aires 26, Argentina.

* * *

MISION CENTROAMERICANA
Leslie O. Brewer, presidente
Apartado 587
Guatemala, Guatemala, C. A.

* * *

MISION CHILENA
A. Delbert Palmer, presidente
Avenida del Bosque 547
Santiago, Chile

* * *

MISION HISPANOAMERICANA
Melvin R. Brooks, presidente
519 West Ashby Place
San Antonio, Texas, E.U.A.

* * *

MISION HISPANOAMERICANA OCCIDENTAL
Grant M. Burbidge, presidente
5529 Vía Corona
Los Angeles 22, California, E.U.A.

* * *

MISION MEXICANA
Ernest LeRoy Hatch, presidente
Monte Cáucaso 1110
Lomas de Chapultepec
México 10, D.F.

* * *

MISION MEXICANA DEL NORTE
Ara O. Call, presidente
Jamaica 501
Monterrey, Nuevo León, México

* * *

MISION MEXICANA OCCIDENTAL
Harold E. Turley, presidente
Av. García Conde 310
Colonia Pitic
Hermosillo, Sonora, México.

* * *

MISION URUGUAYA
J. Thomas Fyans, presidente
Calle Brito del Pino 1525
Montevideo, Uruguay.

* * *

Utilice el servicio de giros postales para el envío de valores.

El Principio de la Reverencia

por el presidente David O. McKay

LA reverencia es una de las más hermosas virtudes del hombre, que destaca no su debilidad sino su poder. Se ha dicho que el amor es el supremo atributo humano; y también que la simpatía mutua es otro de los principales dones. Pero yo colocaría a la reverencia inmediatamente después del amor. ¿Qué es la reverencia? Es un profundo respeto amalgamado con el amor—"una compleja emoción que emana de los sentimientos combinados del alma."

La reverencia contiene contemplación, deferencia, dignidad y estima. Sin un cierto grado de la misma, por consiguiente, la cortesía, la gentileza o la consideración por los sentimientos o los derechos de otros, no serían posibles.

Esta incomparable virtud constituye uno de los principales fundamentos de la religión. La reverencia hacia Dios y las cosas sagradas es una de las más grandes características de toda alma noble. El hombre puede triunfar, pero si no sabe ser reverente nunca llegará a ser un gran hombre. Un gran hombre es reverente ante Dios y todo lo que con El se asocia. Precisamente el mayor de los problemas mundiales en la actualidad, deriva de la actitud de los individuos hacia Dios y Su Hijo Jesucristo.

No hace mucho estuve cerca de la Cortina de Hierro. Pude sentir la presencia de una sombra pendiendo sobre aquella ciudad de Berlín. En la antiquísima China, el Cristianismo y la fe en Cristo han sido también aplastados por los comunistas. La reverencia y la fe en Dios están esfumándose de la mente de innumerables personas en aquellas naciones dominadas por el comunismo, y no necesitamos prueba mayor para demostrar el error de esa ideología.

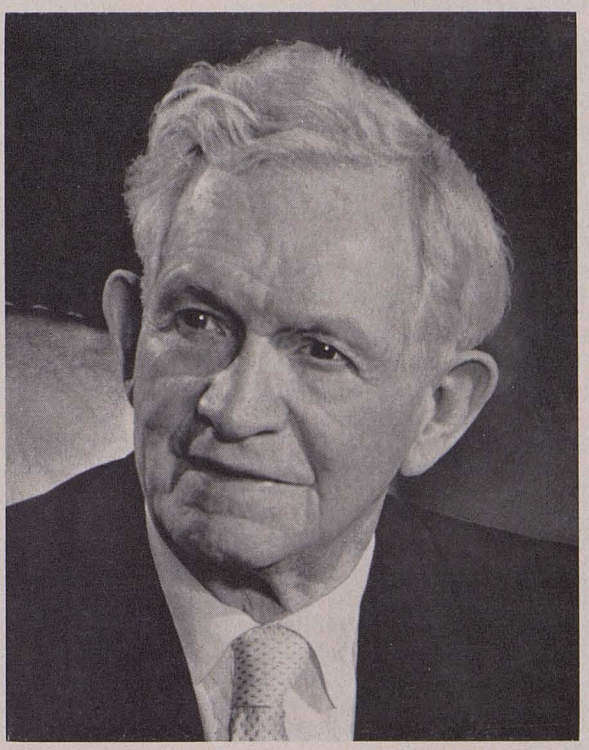
Cierta vez visité el Taj Mahal, en la India—todo "un poema de arquitectura"—el más hermoso edificio en el mundo entero, conforme a la aseveración de muchos, mandado a construir por Shah Jehan en memoria de su esposa, Mumtaz Mahal. No se trata de una capilla o casa de oración; es, en realidad, una tumba. Cuando me encontraba allí, observé una gran cantidad de visitantes, turistas, curiosos y lugareños. Todos hablaban quedamente. En verdad, podría decirse que el ambiente creaba un espíritu de reverencia. Todos los visitantes procedían reverentemente porque sabían que el edificio no había sido erigido precisamente para dar cabida a actitudes irrespetuosas o desconsideradas.

En la Iglesia, los edificios han sido construídos con el propósito de proveernos de un ambiente propicio para la comunión con nuestro Padre Celestial. No puedo concebir que alguien entre en nuestra casa de oración y solaz espiritual, animado en su corazón por impulsos alborotados.

Cuando entramos en una capilla, lo hacemos con el deseo de adorar al Señor. Queremos participar de Su Espíritu y por medio del mismo desarrollar nuestra fuerza espiritual. La primera frase de la oración que nos recomendara el Maestro, dice: "Padre nuestro que estás en los cielos, *santificado* sea tu nombre." (Mateo 6:9.) La palabra "santificado" está estrechamente asociada con el espíritu de la reverencia, porque ésta es el más sagrado de los atributos del alma. Si fuéramos a visitar o a entrevistar a uno de los reyes o gobernantes del mundo, indudablemente consideraríamos cuál sería la forma correcta de vestir y de presentarnos ante él. Quizás hasta consultaríamos a los entendidos y gastaríamos dinero a fin de poder estar propiamente ataviados. Y en este caso, sólo llegaríamos a estar en la presencia de un simple potentado o gobernante terrenal por quien tenemos gran respeto.

Pero cuando entramos en la casa de oración, nos allegamos a la presencia de nuestro Padre Celestial. Y este solo pensa-

(*sigue en la página* 233)



EDITORIAL

¿Por Qué no Fué Pablo Ordenado por Pedro?

(Tomado de *the Improvement Era*)

Estimado Hermano Smith: *¿Por qué no fué Pablo ordenado al apostolado por Pedro, Santiago y Juan? Leyendo el primer capítulo de la Epístola a los Gálatas, encontramos que Pablo se presenta como " . . . apóstol (no de hombres ni por hombres, sino por Jesucristo y por Dios el Padre que resucitó de los muertos)."*

En los versículos 15, 16 y 17, Pablo declara que cuando al Señor le llamó a servir en Su obra, no recurrió ni a la carne ni a la sangre, como tampoco consultó en Jerusalén a los que eran apóstoles antes que él, sino que se fué a Arabia. Más adelante nos hace saber que recién después de tres años viajó a Jerusalén, donde se encontró y permaneció con Pedro y vió a Jacobo, el hermano del Señor. Dejando luego la ciudad santa, se dirigió a Siria y a Cilicia, acotando que las iglesias Cristianas de la Judea no le conocían personalmente, sino que sólo habían oído comentar que él ahora predicaba la fe que antes trató de destruir.

En el capítulo 2 de la referida Epístola, nos informa que habiendo pasado catorce años fué nuevemente a Jerusalén, esta vez con Bernabé y con Tito, poniéndose entonces en contacto con Pedro durante una conferencia. Y no fué sino recién en esta ocasión que, viendo que había sido encomendado a Pedro "el evangelio de la circunsición", Jacobo, Cefas y Juan, que eran "considerados como columnas", dieron a Pablo y a Bernabé la mano derecha, "en señal de compañerismo", aceptando que ambos fueran a los gentiles.

Quisiéramos saber si acaso una nueva dispensación le fué encomendada a Pablo, puesto que hay algunas Escrituras que parecen apoyar esta idea.

Respuesta: Lamentablemente los registros que han llegado a nuestras manos son fragmentarios en extremo. Carecemos de una historia continuada. Podemos decir que Pablo pasó a ser un testigo en la obra del Señor en el preciso instante en que una directa visión divina le hizo volverse del camino equivocado que había emprendido. Por supuesto, esto no constituye una calificación suficiente para el apostolado. Había una gran cantidad de cosas que debían ser hechas aún. En primer lugar, Saulo había de ser bautizado para la remisión de sus pecados y debidamente confirmado. Luego que estas ordenanzas fueron efectuadas, Pablo partió hacia Arabia donde pasó algunos años indudablemente estudiando, orando y preparándose espiritualmente. Entonces regresó para ingresar en el ministerio, superando en celo y humildad a muchos de los hermanos que ya trabajaban en la obra del Señor. No hay duda de que pasó bastante tiempo en compañía de estos últimos, a fin de convencerles de su integridad y de su completa conversión al plan del Hijo de Dios.

En la actualidad carecemos completamente de información histórica referente a muchos detalles importantes, lo cual no nos permite saber con certeza cuándo y dónde fué ordenado Pablo. Tampoco existe registro alguno que nos diga cuándo llegó a ser Bernabé un apóstol, como tampoco Jacobo, el hermano del Señor.

De no haber sido por la fidedigna labor de Lucas en cuanto a la recopilación de los escritos de Pablo, poco y nada sabríamos de las actividades del apóstol de los gentiles, como nos sucede con Pedro, Juan y los otros integrantes del consejo original de los Doce.

Sin embargo, bien podemos suponer que Pablo estuvo bastante tiempo en compañía de estos hermanos que por inspiración divina le ordenaron al apostolado, de la misma manera en que fueran apartados Bernabé, Jacobo el hermano del Señor y otros. No tenemos razón alguna para estimar que Pablo recibió su ordenación en forma y oportunidad completamente ajenas o independientes a la acción de otros apóstoles. Nada extraño hay en su declaración de que su llamamiento *no* era de hombres, como lo acota en las Epístolas a los Gálatas, a los Corintios, a los Efesios, a los Colosenses y a Timoteo, sino *de Dios*. Cómo o cuándo fué ordenado, no nos ha sido revelado, pero sí sabemos que al igual que Pedro, Santiago y Juan, Pablo recibió su autoridad por llamamiento divino. ¡Ninguno de ellos recibió su sacerdocio por la autoridad del hombre! Por supuesto que nos agradaría saber mucho más al respecto, pero el Señor mismo ha sancionado el ministerio de aquellos grandes hombres y ello nos basta para determinar su legitimidad.

Sabemos que Santiago, el hermano de Juan, fué martirizado después de un breve ministerio. Nuestro conocimiento concerniente a las actividades de otros apóstoles de la antigüedad, permanece obscurecido por la carencia de información histórica; es verdad que fueron extremadamente fieles, hasta el grado de haber

sellado, todos ellos y el mismo Pablo—excepto Juan el Amado—su testimonio con la sangre del martirio. A Juan el Amado le fué concedido conservar su vida para continuar en la carne la obra del ministerio hasta la segunda venida del Señor, conforme le fué revelado a Nefi unos seiscientos años antes del nacimiento del mencionado apóstol.

Debido a la ausencia de auténtica información, es muy fácil desorientarse y arribar a falsas conclusiones con referencia a estos apóstoles y sus actividades. En cuanto a los viajes y experiencias de Pablo, sabemos bastante gracias a que él contaba con la ayuda de un magnífico escribiente—Lucas—que le acompañó en su labor misional. Es evidente que durante sus respectivos ministerios, los Doce originales no tuvieron muchas oportunidades para reunirse en conferencias. Las condiciones prevalecientes en aquel entonces eran muy distintas de las actuales. Cuando Pablo y Bernabé, o Silas y otros hermanos viajaban a los distintos países para predicar el evangelio, debían hacerlo a pie y ocasionalmente a lomo de burro, y cuando cruzaban el Mediterráneo lo hacían en simples veleros. Pero cualquiera que fuera el medio que utilizaran, la jornada era generalmente tediosa y cansina. No tenían medios de comunicación, salvo las epístolas o mensajes escritos que frecuentemente enviaban por intermedio de algún amigo, sistema que fué utilizado especialmente por Pablo. Hablando del apóstol de los gentiles y su ministerio, Pedro nos dice:

" . . . Oh amados, estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha e irreprensibles, en paz.

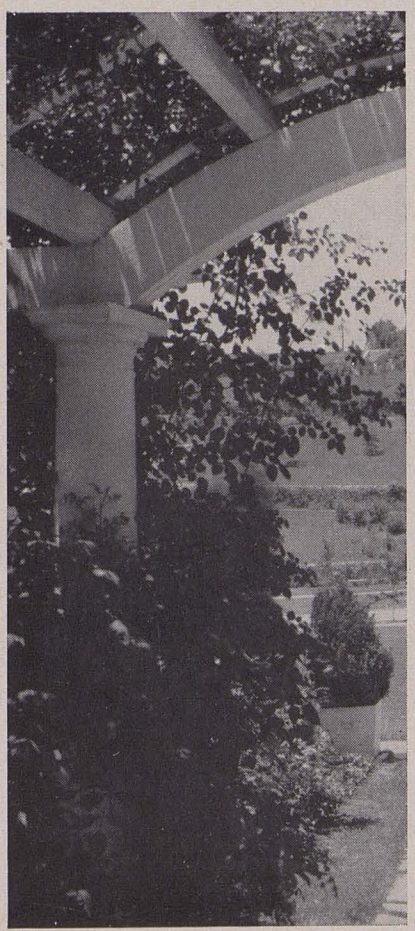
"Y tened entendido que la paciencia de nuestro Señor es para salvación; como también nuestro amado hermano Pablo, *según la sabiduría que le ha sido dada,* os ha escrito,

"Casi en todas sus epístolas, hablando en ellas de *estas cosas; entre las cuales hay algunas difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconscientes tuercen, como también las otras Escrituras, para su propia destrucción.*" (2 Pedro 3:14-16; cursiva agregada.)

Relicario

por Jesús Avilés Espino

(Estaca Ciudad de Mexico)



VENGO a ti, madre adorada,
a cantarte lo que siento,
melodías del sentimiento
en el alma acumulada.
De la rima ya empolvada
que se guarda en mi gaveta,
yo te ofrezco de su letra,
como presente, mis cuitas
entre flores hoy marchitas
de mi vida ya en la meta.

Relicario de añoranzas
donde el querer ha guardado
el recuerdo del pasado
que se pierde en lontananza,
tú me haces remembranza
de aquellos seres queridos
que al entibiar nuestros nidos
enjugaron nuestro llanto
entre caricias de encanto,
hasta quedarnos dormidos . . .

Momentos que no se olvidan,
que llenaron de cariño
aquellas horas de niño,
aquí en el pecho se anidan
y aunque las penas lo impidan
latentes van en mi vida
como lámpara encendida
en el ara del ensueño,
oh, mi vida de pequeño
junto a ti, madre querida.

¡Si sustraerme pudiera
del pasado que se aleja,
si el recuerdo que nos deja
de mi mente se escondiera
y nuevamente vinieran
esas horas que se han ido,
cuando en el alma he sentido
de mi madre la ternura,
para endulzar la amargura
de mi pecho dolorido!

Ya la escarcha de la vida
emblanqueció mi talento,
dejándome el sentimiento
de tanta ilusión perdida;
por la senda recorrida
se ha quedado mi alegría.
Ya las horas de agonía
se miran en el ocaso . . .
¡Si pudiera en tu regazo
dejar esta vida mía!

Hace mucho que te fuiste
a la morada del cielo.
¡Oh, inspírame consuelo
que mi alma está muy triste,
tú, que ternura me diste!
Para encauzar mi destino
vengo a ti, amor divino,
y así postrarme de hinojos . . .
Mira que lloran mis ojos,
con el polvo del camino . . .

¿Qué es el Mormonismo?

por el presidente Hugh B. Brown

Esta es la cuarta y última parte del discurso pronunciado por el presidente Hugh B. Brown, de la Primera Presidencia de la Iglesia, en abril ppdo. ante el alumnado del Seminario Teológico de Pittsburgh (Pensilvania, E.U.A.), y que "Liahona" ha venido publicando desde su número de julio último. (N. del Editor)

El Convenio del Casamiento.

Para nosotros, el casamiento es un convenio sagrado, y cuando es solemnizado por medio de la autoridad apropiada, pasa a ser un enlace celestial o eterno. Así como Dios es amor y es eterno, también el amor en sí es eterno. El plan de Dios ha previsto que la relación familiar sea una asociación continua a través de la eternidad. Nosotros creemos, tal como el poeta Keats lo define, en "la santidad del afecto del corazón." Y deploramos, por cierto, la constantemente creciente cifra de los divorcios en nuestro país.

Cada casamiento celestial o eterno es solemnizado por una de las Autoridades Generales u otro que haya sido especialmente designado para ello por el Presidente de la Iglesia, quien, de acuerdo a nuestra creencia, posee la misma autoridad que una vez confiriera el Salvador a Pedro, cuando le dijo: "Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos." (Mateo 16:19.)

Dichos casamientos se celebran en los templos, a los que pueden entrar sólo aquellos miembros de la Iglesia que sean dignos, es decir, que vivan conforme a las normas de la misma. Este permiso debe ser otorgado, por escrito, por un obispo y aprobado por el presidente de la Estaca correspondiente.

Los Templos.

En la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días, los templos son algo distintivo y único. Construímos capillas, tabernáculos y otros edificios dedicados al culto y las reuniones públicas, pero reservamos los templos para ritos y ordenanzas sagradas, tales como bautismos vicarios, casamientos, sellamientos, etc. Los templos son los edificios más grandes, hermosos y atractivos de la Iglesia. Hasta la fecha contamos con doce de ellos, los que se encuentran en las localidades de Cardston (Alberta, Canadá), Mesa (Arizona), Laie (Ohu, Hawaii), Idaho Falls (Idaho), Surrey (Inglaterra), Berna (Suiza), Los Angeles (California), Lago Salado, Logan, Manti y San Jorge (Utah) y Nueva Zelandia.

La Poligamia.

Algunos miembros de la Iglesia practicaron, con la debida sanción de las Autoridades Generales, la poligamia. Esta sanción estuvo basada en las enseñanzas del Antiguo Testamento. Aproximadamente el dos por ciento de los miembros en aquel entonces fueron polígamos, y creían honestamente que ello era una revelación de los cielos, y en consecuencia, un principio religioso. Dicha práctica, también por revelación, fué interrumpida en 1890. Desde esa fecha, todo miembro que haya abogado o abogue persistentemente por la práctica de la poligamia, ha estado y está sujeto a la excomunión de la Iglesia.

Revelación Continua.

Creemos que la Iglesia está edificada sobre los mismos fundamentos de la organización primitiva, es decir, los apóstoles y profetas, con Jesucristo como piedra principal, y, por lo tanto, también creemos—y esto constituye la segunda diferencia básica entre nosotros y las demás iglesias—en la continua revelación de Dios por medio de los profetas.

Todos vosotros, estando, como estáis, familiarizados con las Escrituras, sabéis que, tal como lo relatan el Antiguo y el Nuevo Testamento, a través de todas las dispensaciones del evangelio, los directores de la Iglesia, siendo profetas del Altísimo, estuvieron siempre en contacto con El, ya sea por medio de sueños, visiones, revelaciones o comunicaciones "cara a cara", como en el caso de Moisés.

No hace mucho tiempo, un sacerdote inglés dijo: "¡Oh, si algún hombre se levantara y pudiera declarar autorizadamente al mundo, 'Así dice el Señor'!"

Queremos preguntar: ¿es acaso la religión el único campo de interés e investigación, en el que el progreso humano sea posible? ¿Diría un profesor de química, astronomía, física o geología a los alumnos de su clase

que no es posible ya lograr nuevos progresos o revelación de verdad alguna en la materia? ¿Es la religión un interés humano pasivo y decadente? ¿Ha sido alguna vez la intención de Cristo el abandonar Su Iglesia, dejándola sin guía y conservándola siempre en tal estado?

En lo que a nosotros respecta, conforme a nuestra fe en el universal e inmutable amor y la justicia de Dios, no podemos creer que en una dispensación bendiga El a Su Iglesia y la dirija por revelación, y en otra época se contente con dejar a un mundo turbulento y convulsionado, sin más orientación que unos cuantos mensajes escritos por antiguos profetas—mensajes cuya mayoría fué dada por motivos específicos y debido a circunstancias especiales. Nosotros creemos firmemente en la constante necesidad humana de la revelación, tanto personal como escrita. Cada vez que el Señor ha reconocido a Su Iglesia, ha revelado, por medio de Sus profetas, mensajes de amonestación, instrucción y orientación.

Al decir que creemos en todo lo que Dios ha revelado, estamos declarando implícitamente nuestra fe en las Escrituras. En verdad, creemos que la Biblia es un repositorio de verdades divinas, aunque no más allá de la necesidad de interpretarla ni de mejor traducirla; por ello es que también declaramos creer en la Biblia "hasta donde esté traducida correctamente." Cuando manifestamos creer que Dios revela en la actualidad, hablando por intermedio de Sus profetas, y que Su palabra es Escritura, no importa dónde o cuándo es dada, estamos simplemente enseñando el evangelio de Jesucristo y confirmando la veracidad de la religión Judeo-Cristiana.

La Iglesia de Jesucristo ha sido establecida y es actualmente dirigida por *revelación*, y ello es el fundamento de la proclamación que esta nueva religión hace —y al decir "nueva" quiero destacar una vez más que para nosotros no es "una nueva iglesia", sino la restauración de la antigua organización dada por Jesucristo mismo.

Esta Iglesia no está sometida ni sujeta a ceremoniales ni credos inflexibles, pero enseña a su fieles a *creer* en las revelaciones del pasado y del presente, y a *vivir* conforme a ellas, preparándose a la vez para acoger humildemente las revelaciones aún por venir. Nuestra fe y nuestros conceptos están sujetos a nuevas luces. La actual y urgente necesidad de revelación divina, en esta era de comunismo, ateísmo e incredulidad, llega a ser más palpable cuando comprendemos que ella nos provee la más concluyente confirmación acerca de la existencia real de un Ser Divino, hecho éste que ha estado siendo negado y falseado por el espíritu del anti-Cristo que pretende dominar el mundo.

La Segunda Venida.

Nosotros aceptamos la doctrina del Nuevo Testamento concerniente a la segunda venida de Cristo, y de que El habrá de reinar personalmente sobre la tierra durante un período de diez siglos conocido como el milenio. Los antiguos profetas y apóstoles anunciaron esta segunda venida, y El mismo prometió volver. Los ángeles que se habían acercado a los asombrados discípulos que contemplaban la ascención del Señor, declararon:

> Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo." (Hechos 1:11.) ". . . A quien de cierto es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo. (*Ibid.*, 3:21.)

Nosotros aceptamos también la comisión de predicar el evangelio a todo el mundo, para que sus bendiciones puedan ser disfrutadas por todas las gentes, no importan sus credos o nacionalidades. Sabemos que Cristo reinará suprema y victoriosamente, no obstante las maquinaciones del diablo y los designios de aquellos que se han organizado para privar a los hombres de su libertad y esclavizarlos física y moralmente. El libre albedrío es una de las más selectas bendiciones que nuestro Padre Celestial nos ha otorgado, y por supuesto que El no nos quitará el libre albedrío ni ahora ni nunca. Creemos que el hombre debe estar sujeto a los gobiernos civiles, pero nunca bajo tiranías ni despotismos. Nosotros creemos en una forma democrática de gobierno, en la que los hombres puedan tener elecciones libres, y escoger o rechazar sus representantes. Para nosotros, la Constitución de los Estados Unidos es un documento inspirado.

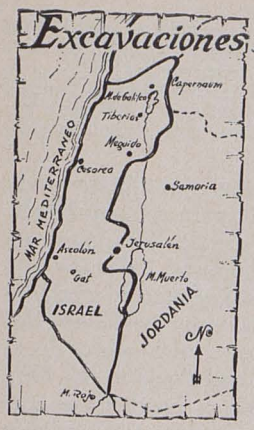
"Creemos en ser honrados, verídicos, castos, benevolentes, virtuosos y en hacer bien a todos los hombres; en verdad, podemos decir que seguimos la admonición de Pablo: Todo lo creemos, todo lo esperamos; hemos sufrido muchas cosas, y esperamos sufrir todas las cosas. Si hay algo virtuoso, bello, de buena reputación o digno de alabanza, a esto aspiramos." (Artículo de Fe número 13.)

En el desarrollo de la obra que le ha sido comisionada, la Iglesia es tolerante con todas las sectas o partidos religiosos, no reclamando para sí privilegio o derecho alguno que sea negado a otros individuos u organizaciones. Afirmamos ser la Iglesia de la antigüedad, restaurada. Su mensaje al mundo es de paz y buena voluntad—una invitación de venir y participar de las bendiciones correspondientes al nuevo y sempiterno convenio entre Dios y Sus hijos. Su voz de amonestación está siendo oída en todas las tierras y en todos los climas: *Arrepentíos, arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado.*

En resumen, nosotros, la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días, creemos en:

1. Un Dios viviente y personal, a cuya imagen ha sido hecho el hombre.
2. La existencia pre-mortal del espíritu.
3. La inmortalidad o eterna naturaleza del hombre.
4. Que la inteligencia es eterna.
5. La condición divina del hombre.
6. Que el gozo eterno del hombre es el propósito de la creación.
7. Que el cuerpo humano es algo sagrado—no malo, ni nacido del pecado.
8. La obra en los templos, para vivos y muertos.
9. El casamiento celestial o eterno, y la eternidad del vínculo familiar.
10. Que los hombres pueden ser salvos mediante la

(*sigue en la página* 240)



Las Ruinas de Cesarea

por Christine y O. Preston Robinson

(Tomado de *the Church News*)

El Dr. O. Preston Robinson y su esposa visitaron a principios de 1962 la impresionante Tierra Santa, donde una serie de excavaciones arqueológicas está siendo llevada a cabo. El presente es el primero de ocho artículos que los hermanos Robinson han escrito como resultado de sus estudios al respecto, y que "Liahona" se complace en presentar a sus lectores a partir del presente número. (N. del Editor)

LA infame Casa de Herodes, que por tanto tiempo y durante tan crítico período gobernó Palestina, realizó muchas cosas a fin de asegurarse un lugar en la Historia. En contraste con las intrigas y crueldades que fueron parte de su régimen totalitario, sabemos que tanto Herodes el Grande como su hijo, Herodes Antipas, hicieron edificar magníficas ciudades y hermosos lugares de recreación. Las ruinas que ponen hoy de manifiesto esta faz progresista de aquella inicua dinastía, se extienden desde Jerusalén hasta Tiberias, sobre el Mar de Galilea, y desde el antiguo pueblo jordano de Sebastia hasta Cesaera, en la costa del Mediterráneo israelí.

Cesarea era una de las más hermosas ciudades de la zona, y en la época de Jesús estaba en el apogeo de su gloria. Esta ciudad fué reconstruída por Herodes el Grande sobre las ruinas de un antiguo pueblo de Canaán —en la actualidad a unos 40 kilómetros al Norte de Tel Aviv—, situado entre Jope (Jaffa) y Dor, sobre la costa del Mar Mediterráneo. Habiéndole costado doce años su edificación, Herodes inauguró Cesarea, aproximadamente unos 10 años antes de Jesucristo, con juegos espectaculares y desenfrenados entretenimientos que se calcula costaron en aquel tiempo unos trescientos mil dólares.

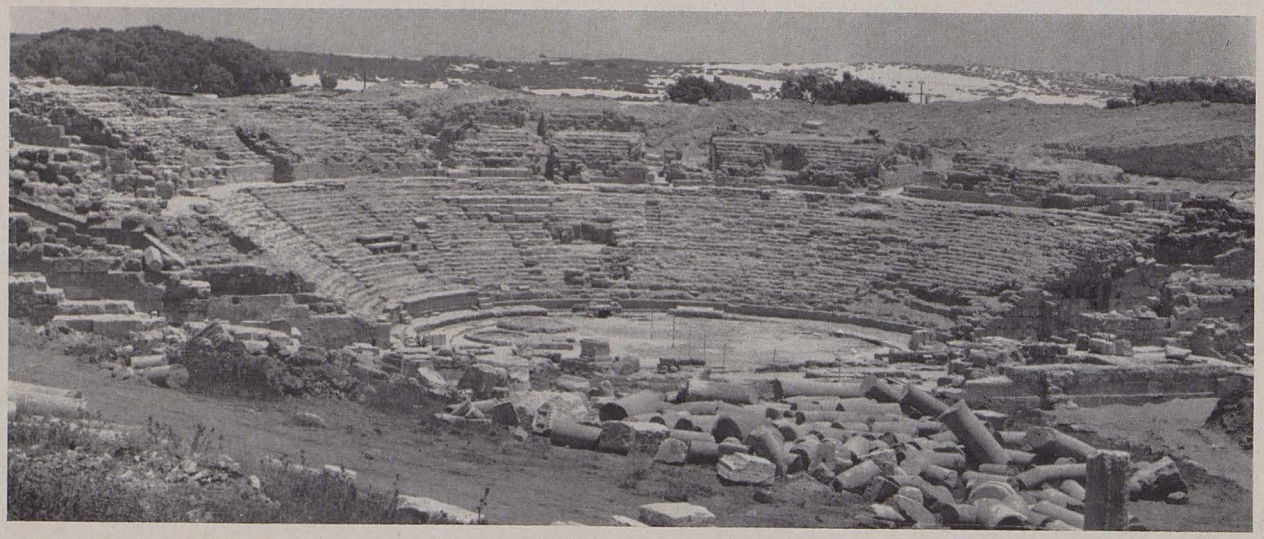
La ciudad consistía de un gran puerto protegido por una enorme dársena y rodeado por una pared rematada por diez elevadas torres de defensa. Cesarea fué fundada y sus desagües dispuestos de tal manera, que las marejadas no alcanzaban a mojar siquiera las calles inmediatamente adyacentes a la costa.

Hacia el Este, Herodes había hecho edificar un templo profusamente ornamentado—a la memoria de Augusto César, de quien la ciudad llevaba el nombre. También hizo construir un hipódromo y un enorme anfiteatro al aire libre, con capacidad para unas 20.000 personas. El pueblo era proveído de agua mediante un ingenioso sistema de acueductos—uno de los cuales media trece kilómetros de largo y se surtía de una vertiente en las colinas de Palestina.

Cesarea fué la residencia oficial de los Procuradores romanos, incluso Poncio Pilato. Fué precisamente desde aquí que Pilato se trasladó temporariamente a Jerusalén al tiempo del juicio que llevó a Jesús a la cruz. Fué en Cesarea que Pilato ordenó la masacre de los judíos que habían venido desde la Ciudad Santa a protestar por los profanos estandartes y las imágenes del Emperador que habían sido colocados alrededor del templo. Recordaremos que cuando vió que estos emisarios estaban dispuestos a sacrificar sus vidas en pro de la misión que traían, Pilato conceló su orden y procedió a retirar las imágenes y los estandartes.

Se cree que Felipe fué el primer misionero que predicó la doctrina Cristiana en Cesarea. Fué también

Ruinas de un anfiteatro construído en Cesarea por la dinastía Herodiana.



Esta foto muestra la base de una muralla, recientemente descubierta por las excavaciones realizadas en Cesarea.

Ruinas del puerto de Cesarea, protegido en un tiempo por una muralla rematada por diez elevadas torres.

aquí donde Pablo compareció ante Agripa, quien como resultado de la magnífica exposición del Apóstol de los Gentiles, exclamó: "Por poco me persuades a ser cristiano." (Hechos 26:28.) En esta misma ciudad, durante el gobierno de Félix, Pablo estuvo prisionero dos años.

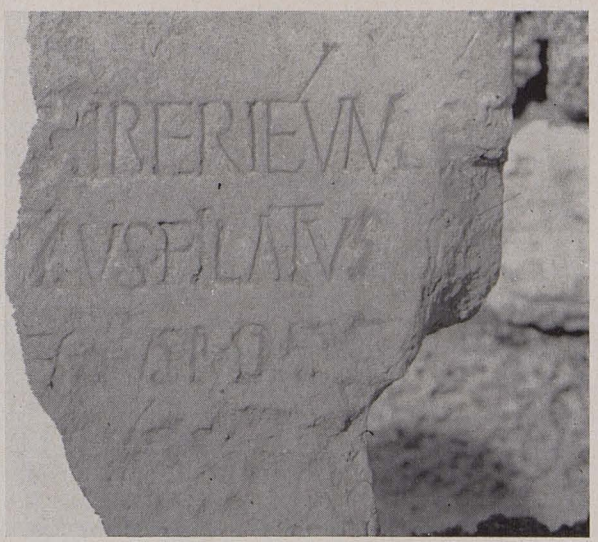
Cornelio era centurión en Cesarea. Hombre devoto y temeroso de Dios, oraba constantemente en pos de orientación divina. Un día tuvo una visión que le hizo saber que debía recurrir a Pedro, quien a la sazón se encontraba en Jope, en la casa de Simón el curtidor de cueros. Hasta ese entonces, el evangelio había sido predicado exclusivamente entre los judíos. Antes de encontrarse con los mensajeros de Cornelio, Pedro tuvo también una visión. Vió que de los cielos abiertos descendía un gran lienzo, "que atado de las cuatro puntas era bajado a tierra; en el cual había de todos los cuadrúpedos terrestres y reptiles y aves del cielo." (*Ibid.*, 10:11-12.) Pedro consideraba que esas cosas no se podían comer porque eran "comunes o inmundas". Sin embargo, una voz celestial le ordenó que comiera. Como resultado de esta gran manifestación, Pedro llegó a saber que el evangelio era para todos los hijos de los hombres y no solamente para los judíos. En consecuencia, acompañó a los emisarios a Cesarea y allí bautizó a Cornelio y a todos los familiares y amigos de éste, que se habían congregado en tal oportunidad. Después de la ceremonia del bautismo, el Espíritu Santo descendió sobre la entera congregación de gentiles convertidos, asombrando a los "fieles de la circunsición."

A fines de una década de suntuosa gloria, Cesarea comenzó a declinar rápidamente bajo la nefasta administración del inicuo procurador Floro. La cruel política de éste, que fué el último de los Procuradores romanos, incitó a los judíos a una rebelión que culminó con la masacre de unos 20.000 israelitas y la sublevación de Jerusalén que determinó la destrucción de la Ciudad Santa, en el año 69 de nuestra era. Y aun en este trágico drama final, Cesarea jugó un papel importante: allí fué establecida la base de operaciones mediante las cuales Jerusalén fué arrasada.

Durante los últimos años, en que se ha estado desarrollando el actual programa de excavaciones patrocinado por el gobierno de Israel y la Universidad Hebrea de Jerusalén, con el aporte de fondos por parte de otras universidades y sociedades del mundo entero, las ruinas de Cesarea y de otros importantes sitios bíblicos han sido profusamente investigadas.

En la actualidad, Cesarea y sus alrededores constituyen una febril colmena de actividades, con cuadrillas de trabajadores que operan modernos equipos, bajo la hábil supervisión de conocidos arqueólogos. En una de las secciones de las ruinas, una enorme pala mecánica acumula escombros desde los cuales se extraen, en inmensa variedad, fantásticos artefactos. En otra área, los arqueólogos trabajan personalmente con implementos manuales y cepillos suaves, a fin de remover la tierra y el polvo de preciosas estatuas, finos bajo relieves y grandes piedras fundamentales sobre las que perfectamente se pueden leer y descifrar notables inscripciones.

De los artículos de alfarería, las monedas, las estatuas y columnas de mármol y las inscripciones correspondientes, es todo esto y mucho más lo que los eruditos pueden conocer acerca de la maravillosa y trágica historia de la que una vez fué magnífica ciudad. A medida que las ruinas van saliendo a la luz y que los fundamentos de los varios edificios van apareciendo, este espectacular sepulcro de la Historia está llegando a ser una de las maravillas del mundo arqueológico actual.



Obsérvese la nítida inscripción, fácilmente descrifrable, de esta piedra encontrada en una de las excavaciones.

Exito por Substracción

Una serie de artículos sobre el desarrollo de nuestra habilidad para dirigir

por Sterling W. Sill

Ayudante del Consejo de los Doce Apostoles

LA cuestión principal de la vida es triunfar. No estamos aquí para desperdiciar nuestras vidas en el fracaso. Hay una canción que dice más o menos así: "Si fracasamos, hagámoslo gloriosamente." Pero esto es sencillamente ridículo. No existe tal cosa como "un fracaso glorioso". El fracaso es algo pecaminoso, no sólo en sí mismo sino por lo que representa, puesto que generalmente evidencia que hay algo que anda mal, ya sea en nosotros como en nuestros procederes.

Podemos alcanzar el éxito por medio de dos métodos primarios. El primero es por *adición*. Para poder triunfar, *agregamos* virtudes a nuestras habilidades y buenas obras. Pero el *éxito por adición* no es suficiente. Debiéramos comprender que parte del éxito se logra sólo por *substracción*. Es decir, necesitamos tener también un buen sistema para la eliminación de nuestras faltas. Martín Lutero dijo: "Un hombre puede estar dotado con diez virtudes, pero todas ellas pueden ser eclipsadas y anuladas por una sola falta."

Es enteramente posible que estemos agregando virtudes sobre virtudes a nuestra personalidad continuamente, pero aun así no alcanzaremos el éxito a menos que estemos a la vez eliminando nuestras faltas. En el campo de las relaciones humanas o en los asuntos de la Iglesia, no siempre resulta adecuada la operación de tipo bancario. Un banquero suma simplemente sus ganancias y luego substrae sus gastos para poder obtener un saldo neto. De esta forma, todo desembolso queda automáticamente anulado por el monto equivalente de una utilidad. Pero en nuestras transacciones con nuestros semejantes o con el Señor, este método es impracticable porque, tal como Martín Lutero lo destaca, la más pequeña de nuestras faltas podría pesar más que diez virtudes enormes, con el neto resultado de que mientras dicha falta no sea eliminada, nuestra entera situación haría bancarrota.

Este procedimiento de contabilidad personal podría ser prácticamente ilustrado por lo que sucede cuando encontramos una diminuta mosca dentro de un plato de sopa. No nos conformamos con extraer el insecto y una cierta cantidad compensatoria de sopa, sino que arrojamos todo el contenido del plato.

Lo mismo sucede frecuentemente en la vida. Por ejemplo, el general Douglas MacArthur se graduó a la cabeza de su clase en la famosa Academia de West Point, como un oficial brillante, un leal soldado y un jefe magnífico. Pero tuvo una simple diferencia de opiniones con un superior y fué inmediatamente despedido sin la consideración que ordinariamente correspondería siquiera a la destitución un teniente segundo. Toda una montaña de virtudes fué instantáneamente volteada por una mera falta insignificante. Por así decirlo, "el bebé fué tirado con el agua misma de su baño."

Nuestra habilidad para dirigir y nuestra propia vida personal son gobernadas por reglas similares. Una persona podría haber acumulado suficientes ganancias como para elevarse hasta la cumbre misma de las realizaciones, pero una pequeña indiscreción, un fastidioso proceder o un mal hábito bastarán para retardar su triunfo, debido a su insospechado contrapeso.

Hace un tiempo asistí a una reunión del Alto Consejo de cierta estaca, donde se analizaron las condiciones y capacidades de algunos candidatos a ocupar determinados oficios en uno de sus barrios correspondientes. El primer candidato fué considerado muy bueno en "esto", "esto otro" y "aquello"—pero fallaba en algo. Era capaz en extremo, muy educado y bastante bien apreciado, *pero* no era muy confiable. El siguiente candidato era, por el contrario, muy digno de confianza, muy capaz y enteramente honesto—*pero* no tenía interés. Podemos casi cerrar nuestros oídos cuando "las diez virtudes" comienzan a ser enumeradas, mas cuando el *pero* aparece, mejor es incorporarse y prestar atención, porque sabremos entonces cuáles son las consideraciones que habrán de pesar más en la balanza del éxito.

Las grandes ambiciones, un alto grado de inteligencia, una exquisita personalidad, etc., constituyen magníficos *haberes* en el arte de dirigir. Pero cuando a la par de los mismos tenemos un pequeño pecado, una insignificante infidelidad, una inmoralidad baladí o la más mínima muestra de irresponsabilidad, no importa cuán grande sea nuestro plato de sopa, tendremos que arrojar todo su contenido para librarnos de la mosca.

Es bastante conocido el caso del hombre que incendió su casa para exterminar un par de molestos ratones que se habían introducido en ella. Realmente, no necesitamos grandes cantidades de ratones para destruir nuestra habilidad para dirigir. No es necesario tener todas las enfermedades para morir. Vale decir que si tenemos cáncer, no será menester que contraigamos también la influenza, la tuberculosis, la diabetes, apoplejía u otros males para morir, puesto que cualquiera que sufra de cáncer en cualquier parte de su cuerpo puede morir aunque el resto del mismo esté completamente sano. En nuestros esfuerzos por triunfar, es muy importante tener un buen método de *adición* por medio del cual ir acumulando constantemente las buenas cualidades de la industriosidad, la valentía, la buena disposición, la confiabilidad, la meditación y el planeamiento. Podríamos aun aprender a *multiplicar* nuestra habilidades. Si un misionero realiza una doble actividad, obtendrá cuatro veces más conversos; y si trabaja tres veces más, obtendrá nueve veces mejor resultado.

No obstante, no interesa cuán eficaz un buen director pueda ser en la *adición* o en la *multiplicación* de sus habilidades, no alcanzará un verdadero éxito hasta que no lleve también a la práctica el sistema de la *substracción* de los elementos nocivos a su personalidad. Es importante sembrar una virtud, pero más lo es el extirpar los vicios, defectos y malos hábitos, porque éstos, como la cizaña u otras hierbas malas, no demoran en infestar el lugar en que se desarrollan y en ahogar o expulsar todo otro elemento opuesto que les rodee. Y este problema se agiganta cada vez más porque las faltas y las debilidades se adquieren tan fácilmente que rara vez nos damos cuenta de cuándo esto sucede.

Aunque pensamos que nadie toleraría uno solo de estos venenos del éxito, solemos decir frecuentemente: "Y . . . cada cual tiene sus defectos." Emerson ha dicho: "Hay una grieta en todo lo que Dios ha creado; vale decir que, aunque el hombre posee sus propias fuerzas naturales, también tiene una vena potencial de debilidad por donde resulta especialmente vulnerable a todo ataque externo." Por consiguiente, el secreto importante del éxito se encuentra más fácilmente en un saludable sistema de eliminación de defectos que en cualquier otro procedimiento de adquisición de nuevas virtudes. Es necesario que sepamos cómo contrarrestar los venenos. Necesitamos saber cómo evitar que una mosca caiga dentro de nuestra sopa.

Es interesante pensar en tantos grandes hombres que han sido arruinados por sus propias faltas. El gran rey David del antiguo Israel era llamado "un hombre de Dios." El pasó casi toda su vida haciendo cosas buenas; tenía tantos "haberes" que no sabía ya qué hacer con ellos. Pero pocos momentos de pecado le hicieron caer de su exaltada posición. Su experiencia es justamente una de esas que ilustran el antiguo proverbio de que "mil escalones hay del infierno al cielo, pero sólo uno del cielo al infierno." Una decisión equivocada, una mala actitud o un acto impropio bastarán para que nuestro éxito se desmorone en nuestras propias narices.

. . . .o Pensadores?

El rey Salomón fué otro que tuvo una larga lista de "créditos". Este hombre tenía grandes riquezas, poderes, fe y personalidad. Fué bendecido con la mayor sabiduría concedida a ser alguno hasta esa época. El Señor mismo se apareció dos veces a Salomón para darle instrucciones y consejos personales. (1 Reyes 11:9.) Tan tremendas eran las ventajas de este rey, que la Biblia nos dice que "toda la tierra procuraba ver la cara de Salomón, para oír la sabiduría que Dios había puesto en su corazón." (*Ibid.*, 10:24.) Y también que "Jehová engrandeció en extremo a Salomón a ojos de todo Israel, y le dio tal gloria en su reino, cual ningún rey la tuvo antes de él en Israel." (1 Crónicas 29:25.) No obstante, el escritor del sagrado registro agrega:

"*Pero* el rey Salomón amó, además de la hija de Faraón, a muchas mujeres extranjeras . . . (que) inclinaron su corazón tras dioses ajenos, y su corazón no era perfecto con Jehová su Dios," quien le retiró entonces Sus bendiciones. (1 Reyes 11:1, 4.) Aun en la sopa de Salomón, el más sabio de los hombres de la antigüedad, cayó una mosca, y el Señor le hizo arrojar todo el contenido. Cuando murió, Salomón no contaba ya con el favor de Dios, porque había permitido que sus múltiples bendiciones fueran ahogadas por una sola falta.

Pensemos también en Moisés, quien estuvo ochenta años preparándose para realizar una tarea que le llevó otros 40. Moisés estuvo con Dios en un monte cuarenta días y cuarenta noches, hablando con El cara a cara. En cierta ocasión, cuando Moisés descendió del monte, el pueblo no pudo soportar su presencia por motivo de la brillantez con que la gloria de Dios le cubría el rostro.

Moisés fué otro maravilloso ejemplo por su método de adición y se destacó grandemente en cuanto a la multiplicación de sus procedimientos y habilidades. Pero al llegar a Meriba también él dejó caer una mosca en su sopa, cuando tomó para sí el mérito de sacar milagrosamente agua de la roca. (Números, capítulo 20.) El Señor declaró entonces a Moisés que no tendría el privilegio de entrar con el pueblo de Israel en la tierra prometida. (*Ibid.*, versículo 12), pese a haberles guiado 40 años por el desierto. El gran profeta suplicóle entonces, diciendo: "Pase yo, te ruego, y vea aquella tierra buena que está más allá del Jordán." (Deuteronomio 3:25.) La tierra prometida era el objetivo hacia el cual había estado Moisés caminando durante cuatro décadas, siendo la causa de sus lágrimas, de sus oraciones y de sus conversaciones personales con el Señor. Pero el Señor fué enérgico y terminante. Su juicio no podía ser cambiado.

Finalmente el Señor concedió a Moisés un privilegio por el cual éste debe haber quedado profundamente

(*pasa a la siguiente plana*)

(*viene de la página anterior*)

agradecido: le permitió subir a la cumbre del Monte Nebo y ver con sus propios ojos la Tierra de Promisión —aunque mantuvo su decisión de que sus pies nunca la pisarían. Podemos imaginar la tristeza de Moisés cuando subió lenta y solitariamente a la cumbre alta de la montaña, mientras su pueblo continuaba la marcha bajo la dirección de otro hombre. El debía quedar y allí morir sólo porque no fué capaz, aun después de tantos y tantos años de adiestramiento, de evitar un proceder erróneo. Moisés fué un legislador —pero también él estaba sujeto a la ley. Lo mismo pasa con nosotros; si no eliminamos cuanto antes nuestros defectos, tendremos que pagar por ellos quizás un alto precio.

¡Cuán patético resulta que tantos grandes hombres hayan debido fracasar en sus objetivos por motivo de una insignificante y ridícula falta! Ahora bien, si reconocemos que Moisés, David y Salomón permitieron que una tremenda multiplicación de "haberes" haya sido barrida por un simple error, podemos entonces darnos cuenta de los grandes peligros que nosotros mismos debemos enfrentar. Estos grandes hombres fueron magníficos en cuanto a la *adición* y a la *multiplicación*, pero no lo suficientemente buenos en la apropiada *substracción*.

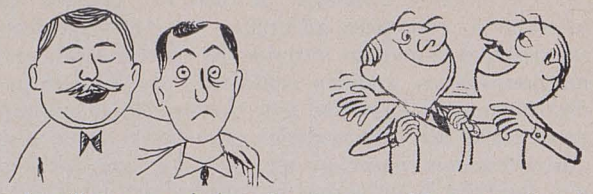
Miremos en derredor nuestro en busca de las pequeñas faltas que están minando las oportunidades de progreso en las personas. Un hombre fracasa porque no acepta críticas. Otro falla porque es descuidado y desorganizado. Y un tercero deja caer una mosca en su sopa por causa de una leve irresponsabilidad o una mera impuntualidad.

Dentro de cada individuo se encuentran no solamente las maravillosas semillas del progreso y de la vida, sino también los venenosos gérmenes del fracaso y de la muerte. Cada uno contiene en sí mismo las cosas que busca. Si buscamos fe, sólo tenemos que mirar dentro de nosotros mismos, pues Dios ha plantado en nuestras almas la semilla de la fe, esperando que sepamos cómo cultivarla y hacerla crecer. Si necesitamos coraje, miremos dentro de nosotros mismos, donde podremos encontrar todas las posibilidades de la grandeza.

Pero cada uno de nosotros lleva dentro de sí también las semillas de su propia destrucción. Por eso es que debemos estar constantemente sumando por una lado y restando por el otro. En las "Bienaventuranzas" el Señor nos señala algunas de las cosas que debemos agregarnos, mientras que en los "Diez Mandamientos" nos dice qué es lo que debemos eliminar. Algunas personas se muestran perturbadas por los austeros "No" de los "Diez Mandamientos", diciendo que parecen constituir sólo un canon de preceptos rigurosos. Y en verdad lo son. El Señor probablemente los ha hecho tan fuertes como nos resultan a fin de que entendamos mejor la importancia de este proceso de *substracción*.

Los "Diez Mandamientos" no están redactados en términos ambiguos. Y sólo después de haber definido estas características negativas, estaremos en condiciones de realizar un real progreso en la faz positiva.

La eficaz eliminación de lo negativo es frecuentemente difícil debido a que estos pecados parecen ser al principio tan insignificantes, que ni siquiera sospechamos sus malignas posibilidades. Lo malo puede iniciarse en algo pequeño, pero no permanece pequeño. Tan pronto como algo malo es incubado y comienza a crecer, pasa a tener un poder capaz de destruirnos. Y esta particularidad de que se introduzca en nosotros cuando aún es pequeño, es una de las artimañas más notables de Satanás. Así, entonces, él nos dice: "Robad un poco, mentid también; dormíos sobre vuestros laureles, sed irresponsables—que no hay daño en esto." Pero mucha gente se ha enfermado grave y fatalmente, aun habiéndos iniciado su enfermedad con unas pocas células cancerosas.



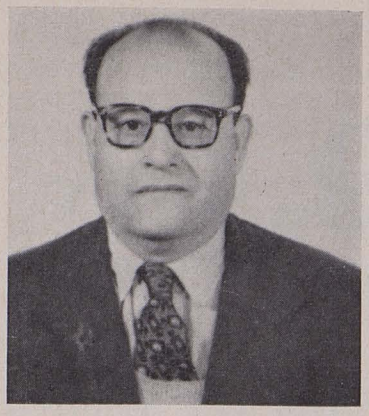
La crítica es una de las más amargas medicinas, pero tiene la virtud de mantenernos alertas y aun con vida, mientras que la falsa cortesía del amigo amable nos resulta un narcótico que nos pone a "dormir sobre nuestros laureles."

Somos particularmente vulnerables en este proceso de infiltración de lo malo, debido a que generalmente no podemos reconocer nuestras faltas a través de nuestro "punto ciego". Es asimismo casi imposible poder lograr ayuda externa para eliminar nuestras faltas, porque nuestros amigos harán cualquier cosa por ayudarnos excepto lo más importante: hablarnos acerca de nuestras faltas, aunque ello signifique nuestra salvación. A la gente le agrada hablarnos de nuestras acumulaciones, pero rara vez acerca de lo que debemos substraer. Y aun cuando alguien trata de ayudarnos en tal sentido, no es extraño que le paguemos con enojo o resentimientos. En lugar de estar agradecidos por la corrección y enfadados con nuestra falta, rechazamos aquélla y nos abrazamos más a ésta.

El proceso eliminatorio usualmente nos lleva al lugar, como dice Shakespeare, "donde el paciente debe ministrarse a sí mismo." Si somos verdaderamente sabios, trataremos de estar siempre relacionados con personas que nos adiestren desde la línea demarcatoria del "campo de juego", que nos hagan notar nuestros errores, nos señalen nuestras faltas y nos prevengan de reincidir en ellas. Sin alguien que nos diga la verdad con respecto a nuestros modos fastidiosos, nuestros malos hábitos o nuestras equivocaciones inexcusables, corremos el riesgo de caer en la fosa de la decepción, donde el desastre acecha. Para un real autodesarrollo, necesitamos a alguien a nuestro lado que ocasionalmente nos ayude a rectificar nuestro camino, alguien que actúe como un espejo en el cual podamos vernos como los demás nos ven. La crítica es una de las más amargas medicinas, pero tiene la virtud de mantenernos alertas y aun con vida, mientras que la falsa cortesía del amigo amable nos resulta un narcótico que nos pone a "dormir sobre nuestros laureles." Las personas "afirmadoras", para quienes "todo está bien", rara vez proveen ayuda constructiva.

Nunca debemos pensar que nuestras faltas son demasiado pequeñas para ser importantes. Al fin y al cabo, no hay tales "pequeñas faltas", como tampoco

(*sigue en la página* 240)



Mi Testimonio

por Pablo Socorro Llanes

Rama de San Nicolas (Mision Argentina)

DESDE hacía diez largos años estaba yo postrado en mi lecho de enfermo. A siete grandes operaciones había tenido que someterme durante ese período. El día 7 de abril de 1960, cansado ya de la impotencia de los médicos, abatido por el desaliento, mi mente se abrazó a una triste idea: el suicidio. Hoy, sé que el poder de Dios está al alcance de los humildes.

Esa noche, entrada ya la madrugada, tuve un sueño o visión que habría de dar un golpe de timón a mi vida. En verdad, no puedo identificar las características de esta manifestación, pero sé que aparecieron ante mí dos jóvenes de acento extranjero que me hablaron de Jesucristo, Su Iglesia y la salvación del hombre. Uno de ellos tonía en sus manos un libro grande y me decía que eso era la palabra de Dios; yo sabía que se refería a la Biblia. Entregándome el libro, se alejaron entonces de mí; quise llamarles, pero en ese instante comprendí que estaba soñando. No obstante, una palabra quedó grabada en mis oídos: "Salvación."

Después de esto, la presencia de estos jóvenes no se apartaba de mi vista, y la palabra "salvación" seguía en mis oídos como un susurro. Pasaron cuatro días y aunque tenía los pies muy hinchados y doloridos, sentí deseos de levantarme de mi lecho. Mis manos estaban casi imposibilitadas y me sentía débil y fatigado, aun mentalmente. Con bastante dificultad, conseguí incorporarme y salí a la calle. Quería tomar aire, ver el sol. Era el lunes 11 de abril de 1960. Recuerdo haber dado unos pasos, deteniéndome en la esquina. Estaba yo muy triste, pensando no sólo en la vida sino también en la muerte. De pronto, levantando mi vista, divisé a dos jóvenes que venían en dirección a mí. Los reconocí inmediatamente. Eran los jóvenes que visitaron mi sueño.

Les llamé y les pregunté quiénes eran. Ellos me respondieron: "Somos misioneros de la Iglesia de Jesucristo. Llevamos la palabra de Dios." Ya no hubo dudas en mi corazón. Yo sabía quiénes eran. Les invité a venir a mi casa. Noté que ellos se asombraron un poco. Realmente, ¿quién llama a los misioneros para que le prediquen?

Los misioneros eran los élderes Morgan Davis y Daniel K. Post. Una vez que entraron en mi casa y después de una breve introducción, ofrecieron una oración. Por primera vez en mi vida oí algo semejante y supe cómo debe el hombre ponerse en comunicación con el Señor. El élder Davis habló luego del evangelio restaurado de Jesucristo, y lo hizo con tanta firmeza y humildad, que desde el primer instante comprendí que ellos predicaban la verdad. Llamé también a mi esposa y a mi hija para que escucharan el mensaje de estos misioneros.

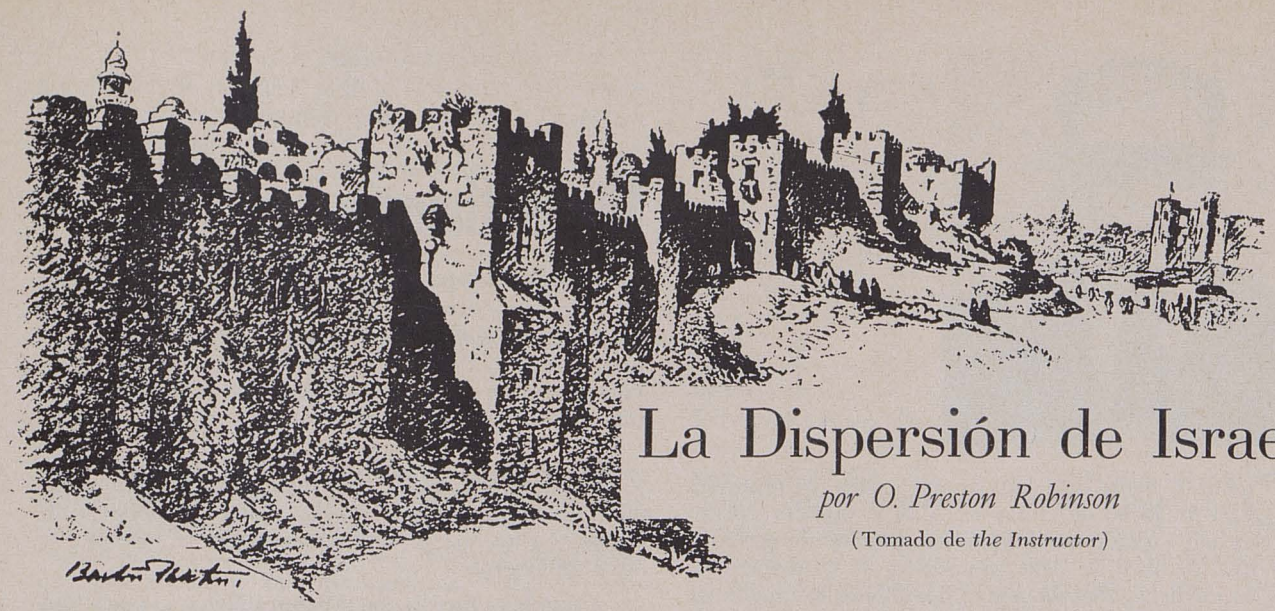
Cuando se fueron, me dejaron folletos y, a solicitud mía, prometieron volver cuatro días después. A la noche, al acostarme, no obstante mi escasa habilidad para hacerlo, leí esos folleots y oré fervientemente como ellos me habían recomendado. Hacía seis meses que no dormía como logré luego dormir aquella noche.

El día 15, cuando volvieron a visitarme, me sentía cómodo y feliz de poder escuchar a alguien que me explicara las cosas del Señor. Al retirarse, me invitaron para una fiesta el sábado a la noche. Pero no sentí deseos de asistir a ella. Tenía temor de viajar, mas ellos me prometieron que iban a orar para que pudiera hacerlo. Finalmente, asistí a la fiesta y al conocer el lugar tan acogedor y a los miembros de la Iglesia, quienes me trataban como hermano, santí deseos de asistir al día siguiente a la Escuela Dominical. Así lo hice y después, por la tarde, fuí a la Reunión Sacramental. Percibía ya crecer dentro de mí una fe que no había conocido en toda mi vida.

Mi conversión fué un milagro de Dios. Fuí bautizado el 4 de junio de 1960. Dos meses antes había pensado en quitarme la vida. Ahora, la felicidad llamaba a mis puertas. Soy dichoso y disfruto de las inefables bendiciones que el Señor derrama sobre mí. Mi esposa y mi hija se convirtieron al mismo tiempo y hoy disponemos de mucha salud y gozo. El evangelio y la Iglesia han allanado mis problemas. Aun aprendí a escribir y mejoré mi capacidad para leer. Creo que el mismo deseo de progresar en la Iglesia anulaba mis dificultades.

Sé que Dios vive y que también Jesús, Su Hijo Amado, vive. Este testimonio que de la veracidad del evangelio tengo, hace que rayando ya en los sesenta años me sienta como un muchacho de treinta. Ando y trabajo en mi casa y en la Iglesia, y no siento ya fatiga ni dolores. En verdad, después del 21 de mayo de 1960, fecha en que los élderes James West y Daniel K. Post pusieron sus manos sobre mi cabeza y me bendijeron, todo malestar se alejó de mi cuerpo. Desde entonces no he necesitado médicos.

Ninguna duda hay en mi corazón con respecto a la Iglesia y al evangelio restaurado de Jesucristo. Yo sé que es "poder de Dios para salvación." Y siento dentro de mí que este testimonio se agiganta día a día.



La Dispersión de Israel

por O. Preston Robinson

(Tomado de *the Instructor*)

APROXIMADAMENTE mil cuatrocientos años antes de Jesucristo (los historiadores no han podido precisar una fecha exacta), una caravana de cerca de 600.000 esclavos hebreos, "sin contar los niños",[1] escaparon de sus opresores egipcios, iniciando una lenta y difícil marcha hacia la Tierra Prometida. Estos eran los descendientes literales de José, Jacob, Isaac y Abrahán, que unos 400 años antes habían bendecido a Egipto mediante sus virtudes y su laboriosidad, y quienes " . . . fructificaron y se multiplicaron, y fueron aumentados y fortalecidos en extremo. . . . " (Exodo 1:7.) Pero después de un tiempo los gobernantes egipcios olvidaron las bendiciones de José y sometieron a estas gentes a la esclavitud, exigiéndoles pesados gravámenes y haciéndoles construir ciudades y monumentos dedicados a sus extraños dioses.

Bajo la dirección y el empeño de Moisés, los israelitas iniciaron su milagroso éxodo y después de unos cuarenta años de venturoso y esperanzado deambular por el desierto, llegaron a las montañas de Moab. Y desde estas cumbres pudieron ver ¡al fin!, allá abajo, el encantado oasis de Jericó y el indudablemente impresionante panorama de la Tierra Prometida.

Fué precisamente en Moab que Moisés fué tomado de entre ellos. Pero antes de separarse, el gran profeta les predijo tanto sus victorias como sus derrotas. Por motivo de sus maldades y de su obstinación en no cumplir con las leyes que les fueron dadas, Moisés predijo al pueblo de Israel:

"Jehová traerá contra ti una nación de lejos, . . . nación cuya lengua no entiendas; gente fiera de rostro, que no tendrá respeto al anciano, ni perdonará al niño; . . . Y *Jehová te esparcirá por todos los pueblos,* desde un extremo de la tierra hasta el otro extremo; y allí servirás a dioses ajenos que no conociste tú ni tus padres. . . . " (Véase Deuteronomio 28:15-64; cursiva agregada.)

Es indudable que éste es uno de los eventos históricos que han sido más detalladamente predichos y documentados. Uno a uno, directores y profetas amonestaron al pueblo, a través de las edades, que si no se arrepentía de sus pecados y se volvía al Dios de sus padres, sería sacado de su tierra, sus ciudades habrían de ser arruinadas y sus gentes esparcidas como rastrojo al viento.[2]

Los profetas del Libro de Mormón, que salieron de Jerusalén 600 años antes de Jesucristo, tenían también mucha información con respecto a la dispersión de Israel. Durante su viaje desde Jerusalén hasta la costa del mar—lo cual constituyó parte de la referida dispersión—, el profeta Lehi predijo que los judíos caerían en la incredulidad, crucificarían al Mesías y serían luego esparcidos por toda la faz de la tierra. (Véase 1 Nefi 10:11-12.) Este mismo Lehi y los profetas que le sucedieron, recibieron y declararon revelaciones detalladas con respecto al compromiso de Israel por causa de su maldad, y también en cuanto a la división y esparcimiento de sus propias gentes debido a sus actitudes negativas hacia las enseñanzas y principios del evangelio.

La historia testifica innegablemente el literal complimiento de estas profecías. No ha habido en la historia otro pueblo que haya sido tan completamente desarraigado y esparcido como el de Israel. Más aún, nadie ha sido tan despreciado y tan violentamente perseguido como los israelitas. Desde los tiempos en que Moisés lo profetizó, hasta las recientes acciones y cámaras de gas de la Segunda Guerra Mundial, estos infortunados aunque potencialmente bendecidos individuos han sido constantemente perseguidos, espantados, asesinados, despojados y dispersados por todas las naciones del mundo.

Los preliminares de la dispersión israelita quedaron establecidos con la división del pueblo, después del reinado de Salomón. El hijo de David y Betsabé heredó el trono de Israel en momentos en que éste había alcanzado su más alto nivel con respecto a estrategia y poder. A diferencia de su padre, Salomón no aumentó las posesiones de Israel, sino que concentró particularmente su atención en el desarrollo cultural y económico. Fortaleció el intercambio comercial, construyó grandes

[1] Exodo 12:37.

[2] 1 Reyes 14:51; Isaías 5:1-7, 13; 10:3; 42:24-25; Jeremías 7:12-15; 9:11; 10:22; 34:17; Ezequiel 20:23; 22:15; 34:6; 36:19; Amós 7:17; 9:9; Miqueas 3:12; Zacarías 10:9.

ciudades y completó la edificación del hermoso templo de Jerusalén. Para mantener tan amplio programa económico, dividió la tierra en distritos a fin de facilitar la aplicación y administración de impuestos. Esta división administrativa se ajustó a la distribución geográfica previamente establecida entre las Doce Tribus y determinó el comienzo de una era de discordias y conflictos entre éstas que posteriormente trajo como consecuencia la destrucción del pueblo.

Después de la muerte de Salomón, el reino que David había unificado fué nuevamente dividido en dos partes. La tribu de Judá, incluyendo una parte de las de Simeón y de Benjamín, se estableció en el Sur del país, con Jerusalén como cabecera. Israel, comprendiendo las demás tribus, se instaló en el Norte, con asiento en Samaria. Así comenzó un período, aproximadamente 900 años antes de Jesucristo, de severas contiendas entre Roboam, el hijo de Salomón, rey de Judá, y Jeroboam, el joven oficial de la tribu de Efraín que en un tiempo gozara del favor de Salomón. Las guerras entabladas entre estos dos caudillos y sus respectivos pueblos, terminaron por dividir y debilitar sus reinos, abriendo paso a la subsiguiente conquista por parte de las potencias extranjeras.

Fué en esta época entonces (entre los años 875 y 850 antes de Jesucristo), que los profetas Elías y Eliseo amonestaron firmemente a las gentes, advirtiéndoles que si persistían en sus iniquidades serían severamente perseguidos y dispersados. Fué también durante este período que Samaria fué sitiada, siendo entonces cuando encontramos la primera referencia a una parcial dispersión de los hijos de Israel.

La división hebrea entre los dos fragmentos (Israel y Judá), y las guerras y conflictos consiguientes, como dijimos antes, abrió las puertas a la invasión extranjera. En esa época, conforme la historia lo relata, los egipcios hicieron exitosas incursiones en las comarcas de Judá y conquistaron varias ciudades de Israel. Parece evidente, asimismo, que estos invasores, en adición a los esperados botines de guerra, capturaron a muchos israelitas, llevándolos cautivos a Egipto.

Algo más tarde, durante el reinado de Acab, Samaria fué otra vez sitiada y aunque los invasores fueron derrotados, las Escrituras contienen evidencias de que muchos israelitas fueron expulsados hacia el Norte y se establecieron en las ciudades cercanas a Damasco. (1 Reyes 20:34.)

Sin embargo, la primera migración en gran escala tuvo lugar durante el reinado de Tiglat-pileser III, rey de Asiria. Cerca del año 734 a.J.C., habiendo dominado las ciudades del oriente, este monarca puso sus ojos en las comarcas occidentales, tomó Damasco y luego colocó al pueblo todo de Israel bajo su control. Y en el transcurso de su conquista, Tiglat-pileser llevó cautivos a Asiria a un gran número de caudillos y personas prominentes de Israel.

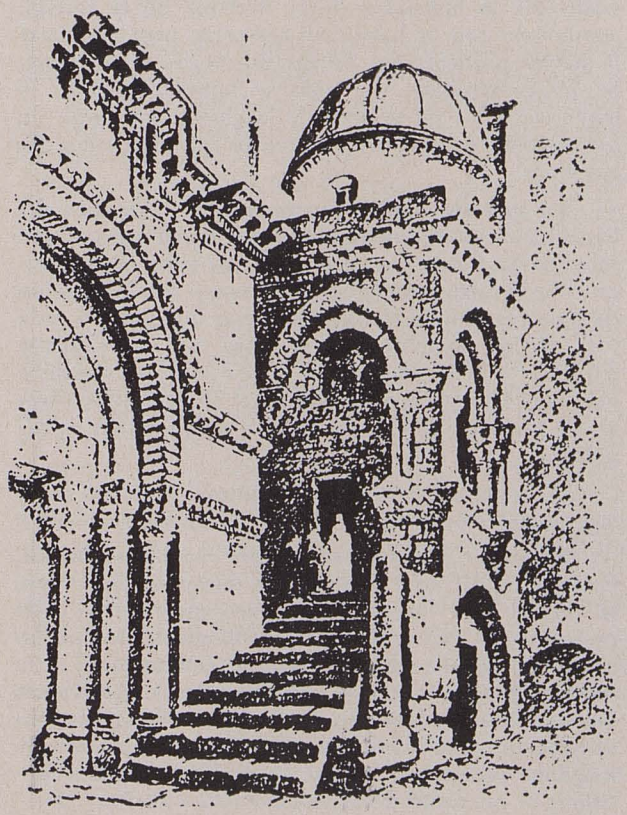
Samaria, no obstante, resistió exitosamente la invasión, pero el sucesor de este rey, Salmanasar, sitió la ciudad durante tres años el cabo de los cuales, otro rey de Asiria, Sargón II, la conquistó llevando entonces en calidad de esclavos a 27.290 israelitas, la mayoría de ellos de alta jerarquía, a la ciudad de Babilonia. En su esfuerzo por destruir definitivamente el reino de Israel, Sargón reemplazó a estos esclavos por gentes de Babilonia y de Media. Este fué el origen de los Samaritanos, "los extranjeros en la tierra" que tanto despreciaban los judíos en los tiempos de Jesús. En esa época, los profetas Amós, Oseas y posteriormente Isaías predicaron al pueblo, sin un éxito constante, tratando de persuadir al pueblo hacia el camino del bien.

La caída de Samaria dejó a Judá todavía independiente pero en una situación difícil e insegura. Siendo que Uzías accedió a pagar tributos a los Asirios, éstos permitieron que Judá no fuese perturbada, al menos hasta después de la muerte de Sargón. Sin embargo, en el año 701 tuvo lugar una revuelta y el nuevo rey de Asiria, Senaquerib, invadió Judá y cercó Jerusalén, conquistando los pequeños pueblos de los alrededores. En esta oportunidad, Isaías proclamó a Jerusalén como la Ciudad de Dios y la declaró inviolable, lo cual evitó que fuese destruída, pero muchos judíos fueron llevados cautivos por los invasores. Aparentemente, en esta misma época fueron establecidas en Egipto varias colonias judías. (Jeremías 44:10.)

No obstante haber sido preservada gracias a las palabras de Isaías, tal como las poblaciones circunvecinas la ciudad de Jerusalén quedó en una situación muy precaria. El pueblo dormía cada vez más profundamente en la iniquidad y el gran maestro Jeremías comenzó a declarar entonces sus proféticas predicciones concernientes a la final destrucción de la Ciudad Santa. Y fué durante este período que muchos judíos, incluso Lehi y su familia, abandonaron el país.

Mientras tanto, un nuevo ejército comenzaba a prepararse en el Este. El reino asirio tambaleaba y Nabucodonosor, el dinámico caudillo babilonio, iniciaba

(*sigue en la página* 236)



La Importancia de los Instructores

Preparado bajo la dirección
del Comité General del Sacerdocio de Melquisedec

(Tomado de *the Improvement Era*)

UNO de los objetivos primordiales de todo quórum del Sacerdocio de Melquisedec, consiste en enseñar a sus miembros los principios de la exaltación.

Esto es llevado a cabo durante las reuniones semanales del barrio o rama. Aquí es donde cada grupo o quórum se reúne, todos los domingos por la mañana, para aprender y comentar, con la orientación de un instructor o maestro, los principios que, si son obedecidos, habrán de guiarnos hacia la vida eterna.

La designación y el relevo de estos instructores es responsabilidad de las presidencias de los quórumes correspondientes, como así también la calidad de las clases que ellos dictan. Los instructores deben ser seleccionados de entre los mismos miembros del quórum, designando uno para cada uno de los grupos que lo integran.

Un instructor ideal es aquel que cumple con los mandamientos del Señor y tiene un buen conocimiento básico de la historia y de la doctrina de la Iglesia, combinado con la habilidad necesaria para propiciar la activa participación de los miembros de la clase. Se ha comprobado que más se aprende cuando la mayoría de los integrantes de la clase toma parte de los comentarios, análisis y ejercicios que componen las lecciones.

En una sociedad tal como en los quórumes del Sacerdocio de Melquisedec, muchos miembros podrían saber tanto o más que el mismo instructor. Por consiguiente, la meta característica en cuanto a la instrucción de nuestros grupos, consiste en lograr que todos y cada uno de los miembros de la clase sea mutuamente edificado y beneficiado, para lo cual el instructor debe mantener la lección orientada hacia su verdadero objetivo y tratar de que el mismo sea comprendido cabalmente.

"Y la verdad es el conocimiento de las cosas como son, como eran y como han de ser." (Doc. y Con. 93:24.)

El objeto principal es enseñar verdades eternas. Estamos aquí con el propósito de encontrar el camino, la verdad y la luz que nos lleven nuevamente a la presencia del Padre. La reunión dominical de nuestro grupo o quórum debe dedicarse enteramente a la tarea de progresar en este conocimiento. Las lecciones que han sido provistas para tal fin habrán de ser enseñadas con fe, mientras que los asuntos de simple interés mundano sólo deben tratarse hasta donde puedan contribuir al propósito de la lección.

Los miembros de la Iglesia estamos más o menos familiarizados con las siguientes Escrituras:

"La gloria de Dios es la inteligencia, o, en otras palabras, luz y verdad." (*Ibid.*, 93:36.)

"Y por cuanto no todos tienen fe, buscad diligentemente y enseñaos el uno al otro palabras de sabiduría; sí, buscad palabras de sabiduría de los mejores libros; buscad conocimiento, tanto por el estudio como por la fe." (*Ibid.*, 88:118.)

"Es imposible que el hombre se salve en la ignorancia." (*Ibid.*, 131:6.)

"El hombre no puede ser salvo sino al paso que adquiere conocimiento. . . ." (*Enseñanzas del Profeta José Smith*, página 264.)

Estas Escrituras nos apoyan en la empresa de buscar conocimiento, donde quiera que pueda ser éste encontrado, pero no debemos olvidar que ellas se refieren más específicamente al conocimiento que habrá de llevarnos a la vida eterna; y más precisamente, al

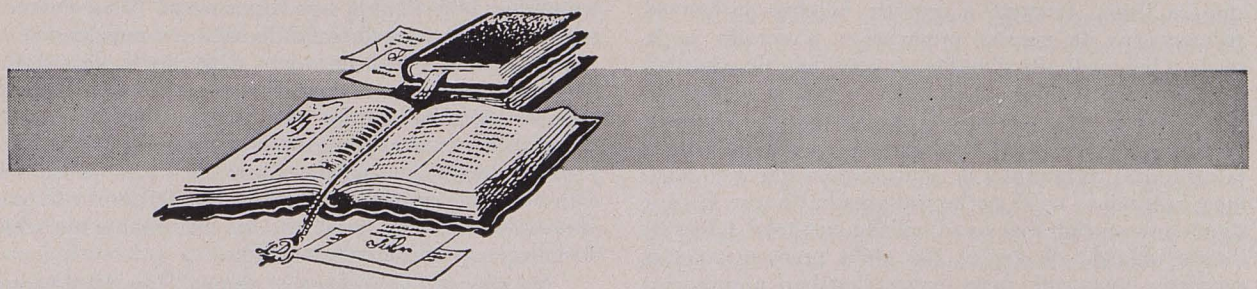
Aunque es sabio conocer los principios por los cuales crece la semilla o los aviones vuelan, mucho mayor sabiduría es buscar "primeramente el reino de Dios y su justicia."

hecho de conocer a Dios el Padre y a Su Hijo Jesucristo. Porque "ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado." (Juan 17:3.)

Aunque es sabio conocer los principios por los cuales crece la semilla o los aviones vuelvan, mucho mayor sabiduría es buscar "primeramente el reino de Dios y su justicia", reconociendo que una vez que esto se consigue, todas las demás cosas nos serán añadidas.

Sobre esta base se ha comisionado a los instructores a enseñar. No hay razón valedera para que los miembros del Sacerdocio ocupen la hora semanal de instrucción en discutir o considerar asuntos que nada tienen que ver con el progreso de la fe y del conocimiento espiritual. Si una vez terminada la clase, uno de los hermanos sale de allí descontento por motivo de alguna discusión o argumento inconsistente, significa que el instructor no ha sabido administrar su tiempo y oportunidad. El buen y sabio instructor habrá de conservar, tranquila y dignamente, el ritmo de la enseñanza y de la participación de los miembros en completa armonía con el espíritu de la verdad.

Es también responsabilidad del instructor el mantener al día sus lecciones. Esto quiere decir que debe dar sus clases en base a las lecciones provistas por la Iglesia y de acuerdo a la distribución preestablecida, alcanzando a dar la última de ellas en el postrer día de instrucción del año correspondiente. Esta necesidad puede entenderse perfectamente si se recuerda que los cursos de estudio de la Iglesia son progresivos, año a año, conforme a un molde definido. Si partes de este molde son pasadas por alto, nuestro método de enseñanza será incompleto.



El Objeto de la Navidad

Suplemento al mensaje de maestros visitantes para el mes de diciembre de 1962
Preparado bajo la dirección del Obispado Presidente

LA aproximación de la temporada navideña trae consigo un aumento de nuestras actividades y demanda algo más de nuestro tiempo y energía. Esta oleada de movimientos es experimentada no sólo por los comerciantes que se afanan en preparar sus escaparates desplegando el gran colorido de sus mercancías, sino también por los niños de la casa, que corren de un lado a otro con esa precipitación que parece poseernos siempre en esta misma época de alegres nuevas.

Varias son las cosas que hay que preparar para complementar la ceremonia de abrir los regalos. Tortas y galletitas, chocolates y dulces; febriles idas y venidas en la tarea de comprar y empaquetar los presentes; la selección de adornos para el infaltable árbol y de las tarjetas de salutación. Todo esto alternando con nuestros quehaceres cotidianos. . . .

Pero todas estas agradables actividades, acentuadas por la preocupación de los detalles, suelen—lamentablemente—distraernos de la espiritualidad y levantan una espesa cortina de humo sobre nuestra conciencia, con respecto al propósito primordial y verdadero de la Navidad: el nacimiento de Jesucristo.

Nuestras tradiciones y costumbres concernientes a la Navidad han evolucionado con el correr de los siglos. Y descienden a nosotros desde las remotas celebraciones proverbiales pasando por las ceremonias paganizadas y las prácticas religiosas y patrióticas, hasta la enunciación de anécdotas y leyendas.

¿Qué podríamos hacer para comprender, a la vez que la celebramos, el objeto sublime de la Navidad, a fin de que la misma sea menos comercial? ¿Podemos expresar una verdadera apreciación por el nacimiento del Salvador, tanto en lo material como en lo espiritual? ¿Origina nuestra práctica de hacer regalos una real espiritualidad? Para responder a estas preguntas, quizás sea interesante mencionar los comentarios de una madre a sus hijos, en cuanto a nuestra necesidad de entender el propósito con que debemos celebrar esta fecha.

Esta madre dijo cierta vez a sus hijos: "El regalo de Navidad más codiciable que podrían ustedes hacerme, no es un tapado de piel ni cualquier otro artículo comercial. Para cada Navidad, cuando los miro y puedo ver en ustedes la evidencia de una vida limpia y dedicada a guardar los mandamientos de nuestro Padre Celestial, la gratitud que inunda mi corazón excede en demasía todas las riquezas del mundo. Hijos míos, quiero que siempre tengan presente las palabras del rey Benjamín a su pueblo: ' . . . Cuando os halláis en el servicio de vuestros semejantes, sólo estáis en el servicio de vuestro Dios.' " (Mosíah 2:17)

Dediquemos parte de nuestro tiempo a leer y estudiar los eventos resultantes del nacimiento del Salvador y Redentor del mundo. Y no permitamos que la avalancha de las demandas sociales sofoquen la simplicidad y el significado de Su nacimiento, porque recordarlo es el verdadero propósito de la Navidad.

Una Experiencia Inolvidable

por Abdón Aragón

Rama de Matachic (Mision Mexicana del Norte)

QUIZAS no resulte muy extraño mi relato. Fuí llamado como misionero allá por 1925 y la experiencia a que he de referirme, está relacionada con mis actividades como tal. El élder Leland Mortensen y yo fuimos asignados a la Rama de la ciudad de Amecameca. A los pocos días de haber comenzado a trabajar juntos en la obra del Señor, fuimos a un pueblito que se llama Tenango a repartir folletos—tardicional primer paso de nuestra predicación. Cayendo ya la tarde y habiendo distribuído una considerable cantidad de literatura religiosa, nos disponíamos a regresar a Amecameca, donde vivíamos. Estábamos casualmente visitando a uno de los hermanos y cuando salimos a la calle para dirigirnos a la estación para tomar nuestro tren, reparamos en el hecho inesperado de que la casa donde nos encontrábamos se hallaba casi total y literalmente rodeada de gente. No pude precisar cuántas personas había allí, pero quizás llegaban a una cincuentena. Lo asombroso para nosotros, sin embargo, no era el número sino la amenazadora actitud de ellos: nos gritaron que saliéramos a la calle a fin de que pudieran matarnos.

El hermano dueño de la casa salió entonces y les pidió que se retiraran, a lo que algunos respondieron que no lo harían "hasta que no se entregaran los mormones que allí estaban." El hermano entonces nos empujó hacia adentro y cerrando tras de sí la puerta nos dijo:

—"Hermanos, no pueden irse ahora; ustedes corren peligro."

Aquel grupo de personas sabía que éramos misioneros mormones, aunque nos calificaban de "protestantes", como a todos los que no profesaban la religión imperante en el país.

Así fué que debimos quedar en la casa hasta cerca de la medianoche, cuando de pronto llamaron a la puerta. Nuestro buen hermano, sin abrirla, preguntó quién llamaba y qué quería. Contestaron varios; no dijeron quiénes eran, pero sí lo que querían: nuestras vidas. El dueño de la casa procedió entonces a esegurar más la puerta para evitar en lo posible que fuera forzada. Mas de improviso arremetieron contra ella y la tumbaron, entrando en tropel. A todo esto e instados por el hermano, nos habíamos trepado sobre un *tapanco*. Al entrar la turba comenzó a registrar la casa y no encontrándonos se disponían a retirarse cuando uno de los hombres comentó:

—"Quizás estén en el *tapanco* . . . "

Algunos procedieron entonces a asomarse y viendo que era casi inminente que nos descubrieran, saltamos del lugar en que nos encontrábamos y salimos corriendo. En aquel tiempo, por supuesto, éramos muy jóvenes—yo contaba con veinte años de edad—y ágiles, por lo que pudimos zafarnos fácilmente de los primeros; si mal no recuerdo, el hermano Mortensen salió delante de mí. Al llegar a la calle, varios de los del grupo consiguieron tomarme de las ropas, pero forcejeando un poco pude soltarme y continuar corriendo, mas como no conocía bien el terreno y la noche era obscura, tropecé en una acequia y rodé por tierra. No sé cuántos se me echaron encima; traté de soltarme nuevamente y escapar, pero ya fué en vano. Una lluvia de golpes, principalmente sobre mis ojos, cayó sobre mí. Cuanto más yo forcejeaba, peor parecía ser. De pronto me trabaron los brazos y uno de ellos se acercó corriendo y esgrimiendo un machete que descargó sobre mi cabeza. Sentí un dolor indecible y noté que la sangre chorreaba sobre mis hombros. En ese instante me sentí desfallecer y me pareció morirme.

No presenté ya resistencia alguna. Los desalmados seguían golpeándome, disputándose un par de ellos un rifle con el cual me daban de culatazos y puntazos. Al ver que yo estaba semidesvanecido, me arrastraron hasta el local de una escuela cercana donde me sentaron en un banco. Los que me rodeaban comentaban entre sí la situación y mencionaron estar esperando que trajeran "al otro protestante". En esos momentos llegaban con el hermano Mortensen, quien venía al parecer desmayado.

Pusieron al hermano cerca mío; me dió la impresión de que no respiraba, por lo que no pude menos que pensar que estaba muerto. Yo, bañado en sangre, comencé a tener un poco más de lucidez. Uno de los que allí estaban propuso entonces que le dejaran matarme con su pistola, en tanto que otros sugirieron que mejor sería hacerlo a machete, y luego desbarrancarme en los montes de la cercanía. El de la pistola asintió diciendo que me hicieran besar previamente un crucifijo que había allí y que después del machetazo él entonces me daría el tiro de gracia, y al decir esto tiró hacia atrás el percutor, preparándose para gatillar.

No sé cuánto tiempo transcurrió entre esta acción y mi decisión de orar al Señor por protección. Me incliné y supliqué a Dios que me permitiera conservar la vida. De pronto, un hombre armado se paró a la puerta de la habitación en que nos hallábamos, y dijo:

—"¡A ver, muchachos! ¿Qué pasa aquí?"

El de la pistola bajó su arma. El del machete, lo escondió. En silencio fueron saliendo del cuarto, dejándonos solos con el recién llegado y otro hombre que entró cuando todos los demás hubieron salido. En seguida comenzaron a interrogarnos, preguntándonos quiénes éramos. Les contesté diciendo que, como misioneros, representábamos a la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días. Otras preguntas,

que hoy no recuerdo ya, se sucedieron y a todas respondí con tono seguro. Yo estaba convencido que era el Señor quien me había salvado la vida mediante la imprevista llegada de estos hombres, así que ya no sentía temor alguno. No pregunté a estos individuos quiénes eran ellos, pero aún sigo suponiendo que debían ser policías, pues se quedaron toda la noche a nuestro lado para evitar que volvieran nuestros perseguidores.

Al amanecer o poco después nos llevaron a un local que parecía ser un juzgado o seccional policial. También componían nuestro grupo dos o tres más que iban en calidad de detenidos, a quienes luego tomaron declaraciones. A continuación nos trasladaron a Chalco, la cabecera del distrito, a fin de internarnos en un hospital.

Más que hospital, aquéllo parecía una cárcel. La pieza en que nos ubicaron se encontraba en pésimas condiciones de higiene. Aunque no había sido vendado, ya la sangre se me había coagulado y no salía ahora de mis heridas. Mis ropas estaban totalmente manchadas de sangre y tierra, pero me encontraba al fin completamente consciente. Sólo mis ojos estaban inflamados y ennegrecidos por los golpes que había recibido. Mi cuerpo, aunque magullado, estaba en buenas condiciones. En cambio, el hermano Mortensen debió sufrir indudablemente más que yo, pues no habiendo en el hospital muchas camas disponibles, tuvo que pasar la mayor parte del tiempo sobre sillas o bancos.

Creo que nuestro buen hermano del pueblo de Tenango fué aquella misma noche hasta Amecameca, e informó el caso a las autoridades, pues al día siguiente de haber llegado nosotros a Chalco se hicieron presentes en el hospital el Cónsul norteamericano en México y el Presidente de la Misión. Nos llevaron al juzgado donde ante el juez de primera instancia ellos intercedieron por el hermano Mortensen, que era ciudadano norteamericano. También hablaron por mí, no obstante ser yo mexicano, y nos libraron a ambos, llevándonos a la capital de México e internándonos allí en un hospital. Yo estuve en cama unos cinco días solamente, pero el hermano Mortensen debió permanecer poco más de un mes, pues había recibido golpes brutales en su espalda. Supe que habían tenido que extraerle algo de sangre coagulada que tenía en su cuerpo.

Pasado el tiempo nos enteramos que el presidente municipal anduvo persiguiendo a uno de los delicuentes que se había quedado en el pueblo, a quien golpeó desde su caballo en plena huída y mandó luego detener, recluyéndolo en la cárcel de Chalco.

Ya me parece muy lejano aquel tiempo de vicisitudes. Lo que he relatado aconteció aproximadamente unos siete u ocho meses después de haber comenzado mi misión, la cual no pude terminar al fin y al cabo porque enfermé posteriormente de paludismo. Pero desde aquella noche terrible nunca más he sentido temor por algo, pues sé que el Señor no nos abandona cuando le somos fieles. Hoy, pasados ya muchos años, he tenido el privilegio de entrar con mi esposa y ocho de mis diez hijos en un templo de Dios, siendo sellado a ellos por la eternidad. Yo sé positivamente que éste es el evangelio de la salvación. Yo sé que Dios vive y que se preocupa por nosotros. En verdad, podemos decir que Sus propósitos son más poderosos que los del hombre. Quizás por esto estoy yo aún con vida.

EL PRINCIPIO DE LA REVERENCIA . . .

(*viene de la página* 217)

miento debiera ser suficiente incentivo para que preparemos nuestros corazones, nuestras mentes y aun nuestra vestimenta, de manera que podamos estar adecuada y convenientemente en Su presencia.

Los niños, mediante el ejemplo y el precepto de los mayores, deben ser enseñados e impresionados acerca de lo improcedentes que en las reuniones de culto resultan la confusión y el desorden. Debiera convencérseles durante la niñez y recalcárseles en su juventud, que el conversar o aun murmurar durante un sermón constituye una marcada falta de respeto, y que es el colmo de la rudeza el abandonar el lugar de la reunión antes de finalizada la misma.

Los niños debieran ser enseñados en la sala de clase, dándoseles la oportunidad de hablar y de participar libremente en las actividades y los programas correspondientes, pero a ninguno de ellos debiera permitírsele perturbar o distraer a otros por medio de vulgares movimientos o frívolos comentarios. El buen orden en la clase es esencial para poder sembrar en los corazones y en las vidas de los jóvenes el principio del autodominio. Además, es menester que desde nuestra edad temprana sepamos todos que nadie puede atropellar los derechos de nuestros semejantes.

Sea que nos reunamos en una humilde capilla o en "un poema de arquitectura", nuestro acercamiento y actitud ante el Señor no varía. El sólo saber que El está allí debe ser el factor que determine nuestra conducta.

En la vida hogareña hay tres influencias principales que despiertan el espíritu de la reverencia en nuestro niños y contribuyen al desarrollo de sus almas: la ternura en la orientación, la cortesía entre los padres y de éstos hacia sus hijos, y la oración familiar. Enseñad a vuestros niños estas lecciones desde temprano en sus vidas.

En todo hogar, la reverencia hacia el nombre de Dios debe ser algo predominante. En ninguna familia de la Iglesia debiera manifestarse expresión alguna de profanación al respecto. Esto es malo; es absolutamente irreverente tomar el nombre de Dios en vano. No existe una sola provocación que lo justifique. Apliquemos constantemente en nuestras vidas diarias esta cualidad virtuosa de la reverencia.

Si hubiera más reverencia en los corazones de los hombres, habría menos lugar para el pecado y el dolor, y una creciente capacidad para el gozo y la alegría. El hacer que de entre todas las brillantes virtudes, esta joya que es la reverencia sea más atractiva, más adaptable y mucho más practicada, es un proyecto digno de todo esfuerzo por parte de los padres, y especialmente entre los miembros de la Iglesia.

EL MORMONISMO Y LA ANTROPOLOGIA

por Dee F. Green

(Tomado de *the Instructor*)

LA antropología es frecuentemente definida como la "ciencia del hombre." Su objetivo ha sido siempre descrubrir la naturaleza humana del individuo, problema que resulta ser más complejo y variado que los de cualquier otra ciencia.

El principal interrogante de la antropología es el Mormonismo, o la doctrina de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días, porque si hemos de vivir para siempre y alcanzar las posibilidades declaradas en Doctrinas y Convenios 132:20, es menester que tengamos un íntimo y amplio conocimiento con respecto al hombre y sus acciones:

Entonces serán dioses, porque no tienen fin; por consiguiente, existirán de eternidad en eternidad, porque continuarán; entonces estarán sobre todo, porque todas las cosas estarán sujetas a ellos. Entonces serán dioses, porque tendrán todo poder, y los ángeles estarán sujetos a ellos. (Doc. y Con. 132:20.)

Ante el inmenso panorama que los antropólogos se han trazado, será necesario que trabajen en estrecha correlación con muchas otras disciplinas además de las aceptadas tradicionalmente. La antropología incluye la investigación y el estudio de las ramas de la arqueología, psicología, sociología, biología, lingüística, etnología y toda otra materia que pueda proveernos de indicios o evidencias concernientes a la verdadera naturaleza del hombre. Precisamente, entre estos otros campos de investigación podríamos contar la religión.

La coordinación de verdades religiosas con los datos antropológicos, facilita el esclarecimiento de los problemas y provee de resultados más completos a las tareas de investigación concerniente al hombre y su medio ambiente. Por otra parte, la misma antropología ha contribuído y aún contribuirá en lo futuro a un mayor entendimiento del evangelio de Jesucristo. He aquí algunos ejemplos específicos.

A diferencia de los animales, que pueden depender enteramente de sus instintos naturales, el hombre debe aprender un sinnúmero de hábitos culturales que le son tan indispensables como para los seres irracionales lo es el instinto. En efecto, tal como la cultura no podría prevalecer sin el hombre, éste no sobreviviría sin la cultura. Esta educación cultural comienza con su propio nacimiento y es transmitida, de generación en generación, a través de toda su descendencia. La conservación de esta corriente de cultura tradicional es tan importante como la propagación misma de la raza. No existe institución social tan idealmente identificada como la familia, con respecto al adiestramiento de los hijos conforme a los moldes de cultura básica que éstos deben conocer para poder sobrevivir. Ni las escuelas, ni las iglesias, ni los clubes, ni las entidades de puericultura resultan ser tan fehacientes o adecuados como el seno familiar.

Todo padre que eluda la responsabilidad de enseñar a sus hijos las normas fundamentales de la cultura social, está contribuyendo a la destrucción de su linaje. Las actitudes tales como "Yo quiero que crezca y decida por sí mismo," son un desatino y a ello se debe en gran parte la desorganización social predominante en nuestros días. Esto no es nuevo para los miembros de la Iglesia. Nuestros profetas han dado siempre énfasis a la importancia del hogar y de la familia. Y de una larga lista enumerativa, ello constituye otro caso en que nuestros profetas y maestros han sido corroborados por los hallazgos de la ciencia.

Otra de las áreas en que la antropología puede llegar a ser de gran servicio para la Iglesia es el programa misional. Las costumbres, hábitos, maneras y cultura de las gentes entre las que predicamos, son frecuentemente muy distintas a las nuestras. En efecto, el Mormonismo significa una cultura muy peculiar, con costumbres marcadamente distintivas y normas de vida que deben ser cabalmente asimiladas por todo aquel que desee experimentar una conversión decididamente positiva.

Nuestros misioneros son constantemente exhortados a amar y comprender a las personas entre las que trabajan. Esto puede conseguirse sólo si el misionero entiende y respeta las costumbres que para él y su cultura puedan resultar extrañas. Un antropólogo

mormón no podría anticipar el campo de labor ni las circunstancias peculiares a que un joven o una señorita fueren llamados. No obstante, sí puede señalarles las diferencias de cultura y proveerles de puntos de vista y pormenores que habrán de desarrollar en ellos una mayor tolerancia hacia esos pueblos. Esto no significa que alguna de nuestras doctrinas o principios deban o puedan ser comprometidos; pero con un mejor entendimiento respecto de las gentes entre las que han de predicar, nuestros misioneros pueden realizar una tarea más efectiva.

La arqueología—estrechamente vinculada con la antropología—ha venido recibiendo últimamente más y mayor atención por parte de los miembros de la Iglesia, especialmente en cuanto a su relación con el Libro de Mormón. Nosotros, los Santos de los Ultimos Días, proclamamos que el Libro de Mormón es genuino, mientras que el mundo generalmente declara que es falso. En medio de esta fundamental discrepancia en puntos de vista, los miembros de la Iglesia están en una posición tal que les permite reconocer ciertas conformidades entre el libro y la arqueología que los eruditos explican con diversas "teorías". ¿Es que no aceptará el mundo la prueba del Libro de Mormón? Y en todo caso, ¿qué es lo que constituye la "prueba" del Libro de Mormón? Sólo el testimonio del Espíritu, como lo promete el Señor:

Y cuando recibáis estas cosas, quisiera exhortaros a que preguntaseis a Dios el Eterno Padre, en el nombre de Cristo, si no son verdaderas estas cosas; y si pedís con un corazón sincero, con verdadera intención, teniendo fe en Cristo, él os manifestará la verdad de ellas por el poder del Espíritu Santo;

Y por el poder del Espíritu Santo podréis conocer la verdad de todas las cosas. (Moroni 10:4-5.)

Todo lo que científicamente se ha descubierto y lo que en el futuro se descubra, debe ser clasificado como evidencia. Pero es aquí donde frecuentemente cometemos el error de buscar *pruebas*, cuando en realidad debemos buscar la *verdad*. Una "prueba" resulta ser diferentes cosas para distintas personas, y puede no constituir precisamente la "verdad". Nuestro primordial interés debiera ser la búsqueda de la verdad, dejando entonces que los "fragmentos" de la escultura caigan donde deban caer. Y de una cosa podemos estar seguros: los "fragmentos" nunca caerán en contraposición al Libro de Mormón, porque la veracidad de éste ha sido ya demostrada mediante la evidencia de los testigos, la sangre del Profeta y el testimonio del Espíritu. Podrían, sin embargo, caer en contra de algunos de nosotros que estemos o hayamos estado principalmente apartándonos de las vías de acercamiento a la verdad y corriendo detrás de cada sombra arqueológica a fin de poder "comprobar". Dejemos las *pruebas* a la disposición y voluntad del Señor, y prosigamos cumpliendo con Su mandamiento de buscar la *verdad*.

¿Dónde descansa, entonces, el valor arqueológico y antropológico del Libro de Mormón?

Existen dos características benéficas y primordiales que han derivado de los diversos descubrimientos en esos campos. *Primero*, constituyen "señales que seguirán a los que creyeren." (Mormón 9:24.) En otras palabras, después de haber recibido el testimonio dado por el Espíritu Santo, tendremos el privilegio de reconocer evidencias adicionales, proveídas por la ciencia. Tal como se mencionara anteriormente, estas señales y evidencias adicionales no son generalmente reconocidas sino por los Santos de los Ultimos Días, debido a que existen otras teorías y explicaciones que resultan aceptables a los que no creen que el libro sea verídico.

Segundo, estas investigaciones pueden llegar a despertar tanto interés entre los pueblos, como lo han logrado los programas de la A.M.M. o las actuaciones del Coro del Tabernáculo, hasta el punto de que muchas personas hayan comenzado a investigar seriamente nuestra doctrina. Debemos, asimismo recordar que al igual que las actividades mencionadas y también en cuanto a la obra misional, el Libro de Mormón debe convertir a las gentes por medio del testimonio del Espíritu y no en base a evidencias arqueológicas. Porque si el testimonio no está fundado en el testimonio espiritual, los resultados serán similares a los de aquellos individuos que se convierten por el misionero y no por la doctrina.

Habiendo leído uno de los varios libros que sobre el particular han publicado algunos miembros de la Iglesia, alguien exclamó: "No puedo entender cómo después de leer esta obra puede haber una sola persona que no se convenza de la veracidad del Libro de Mormón." Pero este hermano olvidaba que los no miembros de la Iglesia carecen del don del Espíritu Santo, y en consecuencia no alcanzan a ver o identificar los mismos significados, conformidades y evidencias que son reveladas al individuo que ha tenido la fe necesaria para investigar, someterse a la prueba de la oración sincera y recibir entonces la respuesta mediante el testimonio del Espíritu.

LA DISPERSION DE ISRAEL . . .

(*viene de la página* 229)

su marcha. En el Occidente, los egipcios aumentaban su poderío y en el año 608 a.J.C. Necao, el rey de Egipto, envió sus ejércitos en contra de Palestina y capturó muchos judíos.

Pese a sus victorias militares, el imperio babilónico —característica de todos los pueblos que conquistan por la espada—comenzó a desintegrarse desde adentro, y tal como ha sucedido siempre en la historia, un nuevo poder estaba listo para tomar control de la situación. En el año 539 a.J.C., Ciro el Grande, rey de Persia, completó su conquista de Babilonia y saqueó lo que quedaba de Judá y de Israel.

La administración persa, sin embargo, fué benevolente. A diferencia de los asirios y de los babilonios, Ciro invirtió la política de deportación aplicada a las gentes de Israel e instituyó un programa de restablecimiento de los cautivos a sus respectivos hogares. Y éste fué el principio de la reconstrucción del estado hebreo que continuó luego bajo la regencia de Darío I y de Artajerjes. Conducidos por los profetas Ezra y Nehemías respectivamente, sendos contingentes de israelitas regresaron a sus lares y comenzaron a reencauzar sus vidas en los cánones originales de la religión hebrea. En el año 516 a.J.C. fué completada la reconstrucción del templo de Jerusalén. Ezra compiló y editó los cinco primeros libros que actualmente forman parte del Antiguo Testamento (el Pentateuco) y estableció los preliminares para la restauración de la vida judía conforme a las leyes de Moisés. Gracias a la obra de Ezra y de Nehemías y a la vigilante aprobación de los gobernantes persas, el reino hebreo logró recuperar eventualmente casi la mitad del tamaño que tenía antes de ser destruído por los babilonios, unos 125 años atrás.

Durante este período de administración persa, muchos hebreos prosperaron y llegaron a tener influencia en las ciudades orientales. Un gran número de ellos nunca regresó a Palestina. Sus descendientes formaron los núcleos de la comunidad judía que se arraigó en Irak hasta el año 1948 de nuestra era, cuando los grandes conflictos árabe-judíos causaron su regreso al nuevo Estado de Israel.

Nuevamente la historia se repitió y el imperio persa comenzó a decaer, y terminó siendo conquistado por Alejandro Magno, quien en el año 331 a.J.C. incorporó el territorio al imperio griego. El reinado de Alejandro, sin embargo, fué relativamente corto y cuando éste murió ocho años después, sus dos generales principales, Seleuco Nicátor y Ptolomeo I, lucharon por el trono y concluyeron por dividir el reino.

Seleuco estableció las cabeceras de su dominio en Siria y en Fenicia, en tanto que Ptolomeo centralizó su poderío en Egipto y en Alejandría. Palestina, estando ubicada en medio de ambos reinos, debió soportar las continuas guerras entabladas entre ellos. Y así encontramos en la historia que durante los subsiguientes 25 años Jerusalén cambió de dueño siete veces, mientras que miles de hebreos fueron nuevamente tomados cautivos y dispersados en distintos lugares. El historiador Filón estimó que aproximadamente unos 40 años antes del nacimiento de Jesús había en Egipto más de un millón de judíos. Cientos de miles más emigraron o fueron llevados a Antioquía y a las ciudades del Norte, desde donde se esparcieron por Persia, Media, Armenia y más aún hacia el Este y el Norte.

Un segundo período de restauración, sin embargo, tuvo lugar durante el reinado de los Macabeos. En el año 168 a.J.C., un sacerdote hebreo llamado Matatías rehusó someterse a la voluntad de Antíoco, quien había hecho erigir una serie de altares a todo lo largo del país y dispuso que todos sus habitantes debían adorar al dios Zeus. En su rebeldía, el sacerdote hebreo mató a un soldado griego, por lo que debió huir al desierto junto con su familia. Enteradas de esta rebelión, muchas otras familias judías comenzaron a reunírseles y pronto la situación desembocó en un conflicto en gran escala. Judas Macabeo, uno de los hijos de Matatías, organizó una serie de guerrillas contra los griegos y sus guarniciones, logrando recuperar la mayor parte de Palestina, incluso el templo de Jerusalén. Algo más tarde, otro guerrero macabeo, Alejandro Janneo, reconquistó toda la Palestina y reestableció el Estado Hebreo.

Sin embargo, estas felices circunstancias no duraron mucho tiempo. A poco, una nueva división se produjo entre los judíos. Los Fariseos, que practicaban la religión en base a una pureza ritual, comenzaron a disputar y contender con los Saduceos, quienes profesaban la religión en directa conexión con sus actividades y procederes humanos. Después de la muerte de Janneo, sus dos hijos, Hircano II y Aristóbulo II, a favor de los Fariseos uno y en pro de los Saduceos el otro, lucharon por el reino, cometiendo ambos un error al recurrir—ignorado el uno las intenciones del otro—al romano Pompeyo en busca de ayuda. Pompeyo se tomó su tiempo y cuando ambas potencias estaban debilitadas, atacó Jerusalén y tomó todo el territorio de Palestina en el año 63 a.J.C. Este fué el principio del imperio romano y el fin de la independencia judía hasta el año 1948 de nuestra era, cuando el nuevo Estado de Israel fué declarado y establecido.

Así vemos que las profecías concernientes a los pesares, afanes y dispersión de Israel, pronunciadas aun antes del nacimiento de Jesús, se han cumplido *literalmente.* Sin embargo, los israelitas no fueron dejados sin promesas o esperanzas. También los profetas han predicho el recogimiento de Israel. Todos aquellos que predijeron su dispersión, prometieron también que algún día los israelitas iban a ser restaurados y congregados nuevamente. Pero esta promesa ha sido dada siempre con la condición de que retornaran a las enseñanzas de sus padres y aceptaran a Jesucristo como el Hijo de Dios.

Pero he aquí, así dice el Señor Dios: Cuando llegue el día en que crean en mí y que yo soy Cristo, he pactado con sus padres que entonces serán restaurados, en la carne, a los países de su herencia sobre la tierra.

Y acontecerá que serán reunidos de su larga dispersión, desde las islas del mar y desde las cuatro partes de la tierra. . . . (2 Nefi 10:7-8.)

JESUS EL CRISTO

por James E. Talmage

CAPITULO 20—(*Continuación*)

En el curso del corto viaje considerado en este capítulo, el poder de Jesús como Señor de la tierra, hombres y demonios, se manifestó en obras milagrosas de carácter impresionante en extremo. No podemos clasificar los milagros del Señor como pequeños y grandes, ni como fáciles o difíciles de efectuar pues lo que para una persona es cosa de poco valor, para otra es de profunda importancia. En cada ocasión la palabra del Señor fué suficiente. Al viento y a las olas, así como al alma hostigada del endemoniado, el Maestro sólo tuvo que hablar para ser obedecido: "Calla, enmudece."

La hija de Jairo.[p]

Jesús y los que lo acompañaban volvieron a cruzar el lago del país de Gadara a la vecindad de Capernaum, donde la multitud los recibió con aclamación y gozo "porque todos le esperaban". Inmediatamente después de llegar a tierra, se acercó a Jesús uno de los principales de la sinagoga local, llamado Jairo, el cual "le rogaba mucho, diciendo: Mi hija está agonizando; ven y pon las manos sobre ella para que sea salva, y vivirá."

El hecho de que este hombre vino a Jesús con el espíritu de fe y súplica es evidencia de la profunda impresión que el ministerio de Cristo había surtido aun en los círculos sacerdotales y eclesiásticos. Muchos de los judíos, príncipes y oficiales, así como la gente común, creían en Jesús,[q] aun cuando eran bien pocos los de la clase noble que estaban dispuestos a sacrificar su prestigio y popularidad admitiendo que eran discípulos de Cristo. El hecho de que Jairo, uno de los principales de la sinagoga, vino solamente cuando se hallaba dominado por la aflicción consiguiente a la muerte cercana de su única hija, una niña de doce años, no es evidencia de que no hubiera creído previamente; cierto es que en esta oportunidad su fe era genuina y su confianza sincera, como lo comprueban las circunstancias de la narración. Se

[p]Marcos 5:22-24, 35-43; Lucas 8:41, 42, 49-56; Mateo 9:18, 19, 23-26.
[q]Juan 11:45; compárese con 8:30; 10:42.

acercó a Jesús con la reverencia que merecía Uno a quien él consideraba facultado para concederle lo que solicitaba, y se postró a los pies del Señor. Cuando este hombre salió de casa en busca de la ayuda de Jesús, la doncella estaba a punto de morir, y él temía que falleciera en tanto que iba. En la breve relación contenida en el primer evangelio, está escrito que él dijo a Jesús: "Mi hija acaba de morir; mas ven y pon tu mano sobre ella, y vivirá."[r] Jesús acompañó al padre suplicante, y muchos los siguieron.

Mientras se dirigían a la casa aconteció algo que interrumpió la marcha. Una mujer gravemente afligida sanó en circunstancias de interés particular, suceso que consideraremos en breve. Ninguna indicación se hace de que Jairo manifestó impaciencia o disgusto por la dilación; había depositado su confianza en el Maestro y subordinó su propio tiempo y voluntad a los de El; pero mientras Cristo estaba atendiendo a la mujer doliente, llegaron unos mensajeros de la casa del principal con la triste nueva de que la joven había fallecido. Podemos deducir que ni aun esta trágica noticia pudo debilitar la fe del hombre; parece que continuó confiando en que el Señor lo ayudaría, porque los portadores del mensaje le preguntaron: "¿Para que molestas más al Maestro?" Jesús oyó lo que dijeron, e impartió aliento a la seriamente impugnada fe del hombre con estas palabras de ánimo: "No temas, cree solamente." Salvo a tres de los apóstoles, Jesús no permitió que ninguno de los que le seguían entraran en la casa con El y con el padre afligido, pero esperanzado. Pedro y los dos hermanos, Santiago y Juan, fueron admitidos.

[r]Nota 5 al fin del capítulo.

Lejos de ser el sitio de silencio respetuoso o conversación en voz baja que en la actualidad consideramos propios en el momento y lugar donde ha habido una muerte, aquella casa presentaba una escena tumultuosa; pero era la condición acostumbrada y ortodoxa con que se observaba el luto en aquella época.[s] Ya habían sido llamados los endechadores profesionales, entre ellos los cantores de lúgubres melodías y músicos que producían un ruido ensordecedor con sus flautas y otros instrumentos. Al entrar en la casa Jesús dijo a todos: "¿Por qué alborotáis y lloráis? La niña no está muerta, sino duerme." Fué, en efecto, una repetición del mandato que había pronunciado en una ocasión muy reciente: "Calla enmudece". Sus palabras provocaron el escarnio y la ridiculez de aquellos a quienes se pagaba por el ruido que hacían, y cuya oportunidad de prestar sus servicios profesionales se esfumaría si lo que él decía resultaba cierto. Por otra parte, sabían que la doncella estaba muerta, pues ya se habían iniciado los preparativos para los funerales que, de acuerdo con las demandas de la costumbre, decían hacerse lo más rápidamente posible después del fallecimiento. Jesús mandó que los echasen fuera y restauró la tranquilidad del hogar.[t] Entonces entró en la cámara fúnebre, acompañado únicamente de los tres discípulos y los padres de la doncella. "Y tomando la mano de la niña, le dijo: Talita umi; que traducido es: Niña, a ti te digo, levántate." Con el gran asombro de todos menos el Señor, la doncella se levantó, se bajó de la cama y anduvo.

(*pasa a la siguiente plana*)

(*viene de la página anterior*)

Jesús mandó que le dieran de comer, pues al ser restaurada a vida la niña, le habían vuelto sus necesidades corporales suspendidas por la muerte.

El Señor les impuso la obligación de conservar secretas aquellas cosas, amonestando a todos los presentes, a que se refrenaran de referir lo que habían visto. No se dan las razones por qué se hizo esta advertencia. En algunas otras

[s]Nota 6 al fin del capítulo.
[t]Nota 7 al fin del capítulo.

ocasiones se hizo una recomendación similar a las personas que habían sido bendecidas por el ministerio de Cristo; y por otra parte, en muchos casos en que efectuó sanidades, no hallamos que se hayan dado estas instrucciones, y por lo menos en una ocasión le fué dicho al hombre sanado de los demonios, que fuera y contara las grandes cosas que habían sido hechas por él.[u] Según su propia sabiduría, Cristo sabía cuándo era conveniente prohibir y cuándo permitir que se diera publicidad a sus hechos. Aun cuando los padres agradecidos, la propia niña y los tres apóstoles que habían sido testigos de la restauración, hubiesen cumplido fielmente el mandato del Señor de guardar silencio, no podría ocultarse el hecho de que la doncella había resucitado, y ciertamente se harían preguntas sobre la manera en que se había efectuado tan grande maravilla. Los músicos y endechadores expulsados del hogar cuando todavía estaba de luto, que se habían burlado de la afirmación del Maestro de que la doncella estaba dormida y no muerta como suponían, indudablemente esparcirían la noticia. No causa sorpresa, pues, leer en la breve versión de este acontecimiento, según S. Mateo, que "se difundió la fama de esto por toda aquella tierra".

Resurreción y la restauración de la vida

Debe examinarse con cuidado la distinción esencial entre la restauración de una persona muerta a la vida, para que reanude su vida terrenal, y la resurreción corporal de la muerte a un estado de inmortalidad. En cada uno de los acontecimientos que hasta ahora hemos considerado—la resurrección del joven de Naín,[v] la de la hija de Jairo, así como la de Lázaro que estudiaremos más adelante—el milagro consistió en reunir el espíritu y el cuerpo a fin de que continuara el curso interrumpido de su existencia terrenal. No cabe duda que subsiguientemente tuvo que morir el

[u]Marcos 5:19-20; Lucas 8:39. Página 331 de esta obra.
[v]Página 266 de esta obra.

recipiente de cada uno de estos milagros. Jesucristo fué el primero, de todos los hombres que han vivido sobre la tierra, en salir de la tumba como Ser inmortal, por lo que propiamente se dice que fué "Primicias de los que durmieron".[x]

Aun cuando los profetas Elías y Eliseo, muchos siglos antes del tiempo de Cristo, fueron los istrumentos por medio de quienes se restauró la vida a los muertos—aquél al hijo de la viuda de Sarepta y éste al hijo de la sunamita[y]—dicha restauración, en estos milagros antiguos, fué a la existencia terrenal, no a la inmortalidad.

Es instructivo notar la diferencia en la manera de proceder de los dos profetas del Antiguo Testamento ya mencionados, y la de Cristo en milagros análogos. En lo que concierne tanto a Elías como a Eliseo, el maravilloso cambio se efectuó solo después de un largo y arduo ejercicio de su ministerio, junto con una fervorosa invocación del poder e intervención de Jehová; pero Jesucristo, Jehová encarnado, no tuvo necesidad de hacer ninguna manifestación exterior sino mandar, y en el acto quedaron sueltos los vínculos de la muerte. Habló en su propio nombre y con autoridad inherente, porque en virtud del poder con que estaba investido tenía dominio así sobre la vida como sobre la muerte.

Una curación notable por el camino[z]

Mientras Jesús se dirigía a la casa de Jairo, oprimido por una grande multitud, la marcha se vió interrumpida por otro caso de padecimiento físico. Entre la gente se hallaba una mujer que por doce años había sido afligida por una grave enfermedad que le producía frecuentes hemorragias. Había gastado en tratamientos médicos todo lo que poseía "y había sufrido mucho de muchos médicos", pero con todo

[x]1 Corintios 15:20, 23; véase también Hechos 26:23; Colosenses 1:18; Apocalipsis 1:5; *Artículos de Fe*, por el autor, páginas 423-425.
[y]1 Reyes 17:17-24; 2 Reyes 4:31-37.
[z]Marcos 5:25-34; Mateo 9:20-22; Lucas 8:43-48.

aquello sólo le iba peor. Se introdujo por entre la multitud y acercándose a espaldas de Jesús le tocó el manto, "porque decía: Si tocare tan solamente su manto, seré salva". El efecto que se produjo fué más que mágico; inmediatamente sintió la sensación de salud por todo su cuerpo y comprendió que había sido sanada de su aflicción. Habiendo logrado su objeto, segura de haber recibido la bendición que buscaba, la mujer quiso evitar la notoriedad y trató de perderse entre la multitud. Sin embargo, no pasó inadvertida para el Señor. Se volvió, miró a la multitud y preguntó: "¿Quién ha tocado mis vestidos?", o como leemos en S. Lucas: "¿Quién es el que me ha tocado?" Al negarlo todos, Pedro el impetuoso, hablando por sí mismo y por los demás, contestó: "Maestro, la multitud te aprieta y oprime y dices: ¿Quién es el que me ha tocado? Pero Jesús dijo: Alguien me ha tocado; porque yo he conocido que ha salido poder de mí."

La mujer, viendo que no podía ocultarse, llegó temblando "y postrándose a sus pies, declaró delante de todo el pueblo por qué lo había tocado, y cómo al instante había sido sanada". Si temía ser reprendida, esta inquietud pronto se apartó de ella porque Jesús, con un tratamiento de respeto y bondad, le dijo: "Ten ánimo, hija; tu fe te ha salvado; vé en paz", y S. Marcos agrega "Queda sana de tu azote."

La fe sincera y cándida de esta mujer, en un respecto fué imperfecta. Había creído que la influencia de la persona de Cristo, y aun la que había en su ropa, era una agencia curativa de amplitud suficiente para sanar su enfermedad; pero no entendía que el poder para sanar era un atributo inherente que El ejercía según su voluntad y de conformidad

con la influencia de la fe manifestada. La fe de la mujer ciertamente ya había sido recompensada en parte, pero de mayor valor para ella que el alivio físico de su enfermedad sería la seguridad de que el Médico divino le había concedido el deseo de su corazón, y que había aceptado la fe manifestada por ella. Para corregir este concepto equívoco

y confirmarle su fe, Jesús bondadosamente la sometió a la prueba necesaria de la confesión, hecho que debe habérsele facilitado al pensar en el gran alivio que ya había sentido. El le confirmó la curación y le permitió partir con la seguridad consoladora de que el alivio era permamente.

Contrastan los muchos casos de sanidades, respecto de los cuales el Señor encargó a los beneficiarios que a nadie dijesen cómo y por quién habían sido aliviados, y éste en que por sus propios actos vemos que no podría evitarse la publicidad, máxime cuando la recipiente de la bendición deseaba permanecer incógnita. El hombre difícilmente puede entender los propósitos y motivos de Jeús; pero en el caso de esta mujer vemos la posibilidad de que empezaran a esparcirse relatos extraños y falsos, y parece que la prudencia dictó que se aclarase la verdad allí mismo. Por otra parte, la confesión de la mujer, junto con la graciosa confirmación del Señor, dieron mayor realce al valor espiritual del milagro.

Reparemos en la significativa declaración: "Tu fe te ha salvado." La fe, en sí es un principio de poder;[a] y su presencia o ausencia, su abundancia o escasez, influyó e influye en el Señor, y en gran medida interviene en el otorgamiento o negación de las bendiciones; porque El se rige por la ley, no por el capricho o incertidumbre. Leemos que en cierto tiempo y lugar Jesús "no pudo hacer allí ningún milagro" por motivo de la incredulidad de la gente.[b] La revelación moderna declara que la fe para ser sanado es uno de los dones del Espíritu y se relaciona análogamente con las manifestaciones de la fe en la obra de sanar a otros por el ejercicio del poder del santo sacerdocio.[c]

La interrogación de nuestro Señor de que quién lo había tocado constituye otro ejemplo de su método de hacer preguntas para realizar algún propósito, cuando sin ninguna dificultad habría podido determinar los hechos directamente y sin ayuda de otros. Se hizo la pregunta con un fin particular, pues todo maestro descubre que puede instruir interrogando a sus discípulos.[d] Pero en la pregunta de Cristo, "¿Quién es el que me ha tocado?", hallamos un significado más profundo que el que podría estar comprendido en una sencilla interrogación sobre la identidad de cierta persona, significado sobreentendido en la siguiente afirmación del Señor: "Alguien *me ha* tocado; porque yo he conocido que ha salido poder de mí." El acto exterior con que solía efectuar sus milagros era una palabra o mandato, a veces acompañado de la imposición de manos o de alguna otra administración física, como cuando untó los ojos del ciego.[e] Es evidente, al considerar el presente caso, que hubo una transmisión efectiva de su propia fuerza a la enferma que sanó. Es insuficiente una creencia pasiva por parte del que aspira recibir la bendición; sólo cuando se desarrolla en fe activa puede ser un poder; así también debe obrar la energía mental y espiritual en aquel que ejerce su ministerio en virtud de la autoridad dada de Dios, si se espera que el servicio sea eficaz.

[a] *Artículos de Fe*, por el autor, páginas 112-115.
[b] Marcos 6:5, 6; compárese con Mateo 13:58.
[c] Doctrinas y Convenios 46:19; compárese con Mateo 8:10; 9:28, 29; Hechos 14:9.

Los ciegos ven y los mudos hablan[f]

La narración de S. Mateo cita otros dos casos de curaciones milagrosas en seguida de la resurrección de la hija de Jairo. Al pasar Jesús por las calles de Capernaum—se supone que fué al salir de la casa del principal de la sinagoga—lo siguieron dos ciegos, "dando voces y diciendo: ¡Ten misericordia de nosotros, hijo de David!" En varias oportunidades otros le dieron este título, y en ningún caso hallamos que nuestro Señor se negó a aceptarlo o se opuso a que lo emplearan.[g] Jesús no se detuvo para atender

[d] Nota 8 al fin del capítulo.
[e] Juan 9:6; compárese con Mateo 8:3; Marcos 6:5; 7:33; 8:23; Lucas 4:40; 13:13.
[f] Mateo 9:27-35.
[g] Mateo 15:22; 20:30-31; Marcos 10:47, 48; Lucas 18:38, 39.

el llamado de los ciegos, y los dos lo siguieron y aun entraron en la casa tras El. Fué entonces cuando les habló y preguntó: "¿Creéis que puedo hacer esto?" La respuesta fué: "Sí, Señor." La persistencia con que siguieron al Señor era una manifestación de la creencia que tenían, de que en alguna manera, desconocida y misteriosa para ellos, El podría ayudarlos; y pronta y manifiestamente confesaron esa creencia. Nuestro Señor les tocó los ojos, diciendo: "Conforme a vuestra fe, sea hecho." Inmediatamente se produjo el efecto y "los ojos de ellos fueron abiertos". Se les mandó explícitamente que a nadie hablaran del asunto; pero, llenos de gozo por la inestimable bendición de la vista, "divulgaron la fama de El por toda aquella tierra." Hasta donde hemos podido desenmarañar las indistintas hebras del orden en que se efectuaron las obras de Cristo, éste fué el primer caso, escrito con detalles correspondientes, en que dió la vista a un ciego. Subsiguientemente hubo muchos casos notables.[h]

Es digno de notar que al ejercitar su poder sanador para bendecir a los ciegos, Jesús usualmente se valía de algún contacto físico además del pronunciamiento de la palabra autoritativa de mandato o ánimo. En el caso citado, así como en el de los dos ciegos que estaban sentados al lado del camino, el Señor tocó los ojos sin vista. Al sanar al limosnero ciego de Jerusalén, le untó los ojos con lodo, y a otro con saliva.[i] Hallamos una circunstancia análoga cuando fué sanado un sordomudo, al cual puso sus dedos en las orejas de él y le tocó la lengua.[j]

En ninguna de estos ejemplos se puede considerar este contacto como un tratamiento médico o terapéutico. Cristo no era un médico que dependía de sustancias curativas, ni cirujano que efectuaba operaciones físicas; sus curaciones eran el resultado natural de la aplicación de un poder propio. En lo que concierne a aquellos afligidos que no

[h] Nota 9 al fin del capítulo.
[i] Mateo 20:30-34; Juan 9:6; Marcos 8:23.
[j] Mateo 7:32-37.

(*pasa a la siguiente plana*)

(*viene de la página anterior*)

tenían la vista para contemplar el rostro del Maestro y recibir su inspiración, o el oído para escuchar sus palabras de ánimo, es concebible que la esperanza—siendo el escalón de la creencia, como ésta lo es de la fe—recibió el aliento, por medio de este contacto físico para fortalecerse y convertirse en una confianza mayor y más permanente en Cristo. Aparentemente no sólo existe una falta completa de fórmulas y formalismos en el ejercicio de su ministerio, sino una carencia de uniformidad igualmente impresionante, en cuanto a su manera de proceder.

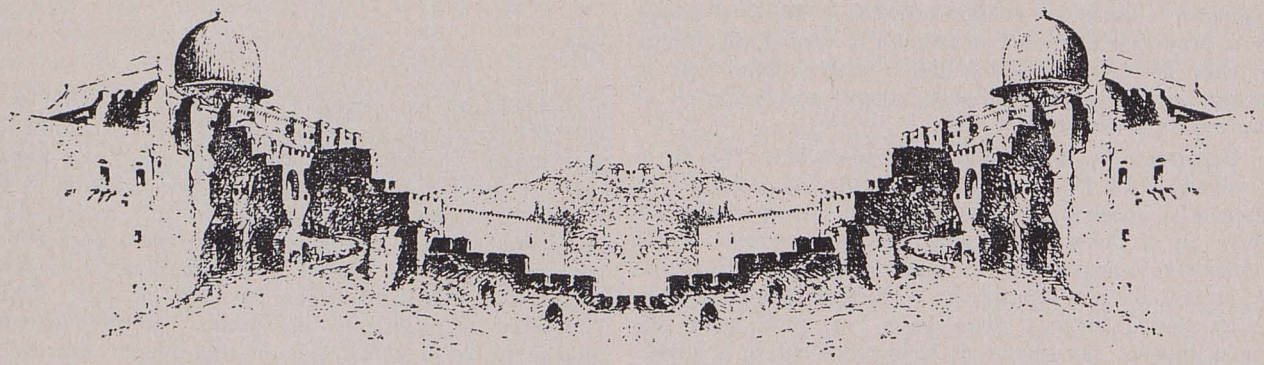
Al retirarse los dos hombres, antes ciegos pero ahora con vista, llegaron otros llevándole un mudo, cuya aflicción parece haber sido causada más bien por la influencia maligna de un espíritu inmundo, que por algún defecto orgánico. Jesús increpó al espíritu malo, echó fuera al demonio que atormentaba al hombre afligido con la tiranía de la mudez. Quedó suelta la lengua del hombre, fué librado de su impía carga y desapareció su mudez.[k]

NOTAS AL CAPITULO 20

1. **Las tempestades del lago de Galilea.**—Es un hecho bien documentado que son comunes las tempestades repentinas y violentas en el lago o mar de Galilea; y que la tormenta que se aplacó con el mandato del Señor no fué en sí un fenómeno extraordinario, salvo quizá en cuanto a su intensidad. Las Escrituras se refieren a otro acontecimiento relacionado con una tempestad en este pequeño cuerpo de agua, el cual se considerará más adelante en el texto. (Mateo 14:22-26; Marcos 6:45-56; Juan 6:15-21) El Dr. Thompson, autor de *The Land and the Book* (11:32) nos da esta descripción fundada en su experiencia personal a la orilla del lago: "Pasé la noche en el Wady Shukaiyif, unos cinco kilómetros cuesta arriba a nuestra izquierda. No bien acababa de ponerse el sol, cuando el viento empezó a soplar fuertemente hacia el lago. Toda la noche continuó con una violencia cada vez mayor, de modo que cuando llegamos a la playa a la mañana siguiente, la superficie del lago parecía una enorme caldera hirviente. El viento aullaba por todos los desfiladeros del nordeste y del este, soplando con tanta furia que ningún grupo de remadores podría haber hecho llegar una nave

[k]Mateo 9:32, 33. Nota 10 al fin del capítulo.

(*Continuará*)



EXITO POR SUBSTRACCION . . .
(*viene de la página* 226)

hay "pequeños enemigos." No hay *moscas pequeñas* ni "pecados sin importancia". Asimismo, nadie suele salir del "angosto camino" en ángulo recto, sino que los que se apartan lo hacen paulatinamente.

Para alcanzar el éxito, debemos aprender todo lo posible en cuanto al *sistema acumulativo* y llegar a ser verdaderos expertos en la *multiplicación de talentos.* Pero tampoco debemos olvidar que una de las partes esenciales del éxito se obtiene por *substracción.*

¿QUE ES EL MORMONISMO? . . .
(*viene de la página* 221)

sangre expiatoria de Jesús, si guardan Sus mandamientos.

Para terminar, quisiera agregar unas pocas palabras, a manera de testimonio. Tengo la convicción, en mi propio corazón, de que éste es el evangelio de Jesucristo, restaurado en éstos, nuestros días. Y también que Dios es algo real, que vive, y que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y que en verdad no hay otro nombre bajo los cielos en que los hombres podamos ser salvos.

¿ Tiene usted talento literario ?

"Liahona" espera sus colaboraciones

Artículos doctrinarios o históricos, poesías, cuentos, anécdotas, noticias de interés general, etc.

Durante el mes de abril próximo pasado, dos de los distritos de la Misión Mexicana del Norte procedieron a la elección y coronación de las reinas de sus respectivas Primarias. En la foto de la izquierda, vemos a la hermanita Rosa María Jarvis, de la Rama de Torreón, Reina de la Primaria del Distrito de Durango, con su corte. A la derecha, S. M. Irma II, de la Rama de Valle Hermoso, Reina de la Primaria del Distrito del Valle, y su comitiva de embajadores y damas.

Con el imponente marco del Monte Rushmore, en el estado norteamericano de South Dakota, el famoso Coro del Tabernáculo Mormón elevó a los cielos la majestuosidad de sus 375 voces como parte del programa de carácter universal que fué transmitido, televisado y reproducido a través del ultramoderno satélite electrónico "Telstar", el 23 de julio del corriente año. Desafiando los chaparrones de lluvia y granizo que milagrosamente cesaron al comenzar el programa y se reanudaron después del mismo, 4.000 animosos turistas se congregaron al pie del monumento tallado en la roca viva del mencionado monte, que inmortaliza las efigies de George Wáshington, Thomas Jéfferson, Teodoro Roosevelt y Abraham Lincoln, a fin de poder presenciar la participación del Coro, el cual completó su actuación con un concierto que duró 30 minutos. En la foto, vemos al hermano Richard P. Condie en momentos de iniciar el programa —primero en su tipo en ser presenciado simultáneamente en dos continentes.

Las Ofensas Graves

(Tomado de *the Church News*)

CIERTO día, durante Su ministerio terrenal, Jesús llamó a Su lado a un niño que se encontraba cerca, y poniéndolo en medio de Sus discípulos, dijo: "*De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.*" (Mateo 18:3.)

Esta amplia y enfática declaración ha servido como base a más de un sermón y a serias meditaciones. No obstante, muchos hombres, en su egoísmo, se han rehusado a ser dóciles como niños, resistiéndose obstinadamente ante el principio de la obediencia.

Jesús dejó también una segunda lección en aquella oportunidad: "*Cualquiera que reciba en mi nombre a un niño como éste, a mí me recibe. Y cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno, y que se le hundiese en lo profundo del mar.*" (*Ibid.*, 18:5-6.) Siguió luego advirtiendo que las ofensas o tropiezos tomarán lugar, pero aclarando: "*¡Ay de aquel hombre por quien viene el tropiezo!*" (*Ibid.*, vers. 7.)

Hablando de la condición de su hogar y las perspectivas del futuro de su familia, un hombre, habiendo iniciado relaciones con otra mujer casada, hizo a su esposa la proposición del divorcio. En sus galanteos irreflexivos, había llegado a enamorarse de otra mujer a la que había persuadido que, a su vez, se divorciara, prometiéndole entonces abandonar su propia familia e iniciar una vida nueva.

Por su parte, su apenada esposa se horrorizaba ante la idea del divorcio, pensando, más que en las posibilidades de un menor presupuesto, en los peligros de la delincuencia juvenil que sus cinco hijos, una vez sin el padre, tendrían que enfrentar. Además, le preocupaba pensar en su incompetencia para hacer de madre y padre a la vez de su "pequeño rebaño."

Más que nada, esta buena mujer quería educar a sus hijos en fe, honestamente, tratando de brindarles la oportunidad de vivir prósperamente por sí mismos en el futuro. ¿Podría hacerlo sola?

Ella se sentía profundamente resentida por la infidelidad, el engaño y la falsedad de su esposo. Virtualmente, este hombre había abandonado a su familia y destrozado el hogar de otra. Ahora, la justa indignación desbordaba el alma de su buena esposa. Fué entonces cuando ésta pensó en la Escritura mencionada. Al abandonar a su familia ¿estaba su esposo haciéndoles *tropezar*? ¿Estaba también causando *tropiezos* al otro hombre y a los otros niños que perderían a su madre por causa de él?

Mediante el quebrantamiento de los dos hogares, ¿estaba él posibilitando que la delincuencia juvenil extendiera sus tentáculos hacia los niños de ambas familias? ¿Había en los efectos de su actitud algún síntoma de ofensa hacia el derecho que estos futuros jóvenes tenían de crecer y desarrollarse dentro de condiciones normales, con una promisoria probabilidad de éxito?

La desdichada mujer consideró, finalmente, que el abandono de los hijos, contribuyendo de esta manera a incrementar la delincuencia juvenil —al menos hasta donde la influencia lo posibilita —estaba comprendido en la clase de "tropiezos" a que el Señor hiciera referencia.

Algún día, todos habremos de pararnos ante el tribunal divino. ¿Serán entonces nuestras ofensas—las irreflexivas ofensas que hayamos cometido en esta vida—dignas de ser consideradas tan terribles como para merecer antes ser sepultados en las profundidades del mar?

El verdadero significado de la vida está en guardar honestamente los mandameintos del Señor. En verdad, el Mandamiento Mayor, "*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente,*" es primordial y terminante. Pero también el Señor, cuando lo declarara, agregó que el Segundo — indudablemente inseparable del Primero—es semejante: "*Amarás a tu prójimo como a ti mismo.*" Si buscamos lo mejor para nosotros mismos, debemos cuidar que ello no perjudique a nuestros semejantes, especialmente a nuestra propia familia.